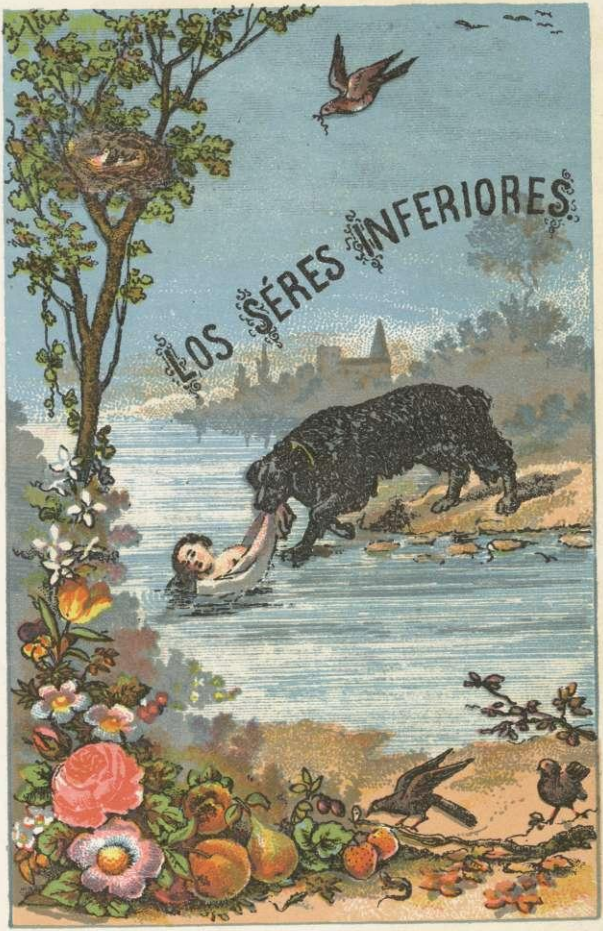
10948

LOS SÉRES INFERIORES.

10948



Imp.y lit.ª de La Guirnalda, Pozas, 12. Madrid.

1878. X

LOS SÉRES INFERIORES.

OBRA DEDICADA Á LA ENSEÑANZA DE LA LECTURA

EN LAS

ESCUELAS DE PRIMERA ENSEÑANZA

POR

ALFONSO MORENO ESPINOSA,

Y PREMIADA POR

D. José María de Uceda

EN EL CONCURSO PROMOVIDO Á SUS INSTANCIAS

POR LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,

DE CADIZ.

CÁDIZ

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ M. GÁLVEZ

TENERÍA Y SACRAMENTO 42.

1878.

Esta obra es propiedad del señor D. José M.ª de Uceda, y esta edicion de la Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas

S XCK
6330

A la memoria de mi padre

DON MIGUEL MORENO.

Miéntras palpite mi corazon, grabado estará siempre en él, ¡oh padre mio! tu inmaculado nombre; mas, deseando que álguien le pronuncie áun despues que yo muera, he querido estamparle al frente de este libro, que, por hallarse bajo el protectorado de una Sociedad llamada á ejercer duradero influjo, tal vez me sobreviva mucho tiempo.

Si desde el mundo que hoy habitas puedes conocer y aceptar esta ofrenda que, humedecida con lágrimas de filial cariño, pongo sobre el altar de tu memoria, yo te ruego que, para significarme tu agradecimiento, agites las alas de tu espíritu sobre mi frente, inspirándome honrados propósitos y acciones generosas, que merezcan la bendicion que ahora te pide de rodillas tu hijo

Alfonso.

A LOS NIÑOS.

Si debe entenderse que una idea es buena cuando produce un aumento de virtudes en el alma y un número mayor de actos benéficos en la conducta, no puede dudarse de que tenga aquella interesante cualidad el pensamiento que anima á las *Sociedades Protectoras de los Animales y las Plantas;* y si de ello no se tuviera otra prueba que la que ofrece este libro, que ha nacido en su seno y viene á la vida de la civilizacion animado de su espíritu y dirigido hacia los humanitarios fines que aquella se propone, bastaría sin duda esta obrita para convencer á los incrédulos de su eficacia y atraerse á los desconfiados hacia su mision enaltecedora.

Por otra parte: si para que una empresa sea bella bastan la tierna forma que escoje, los suaves medios que emplea, la apacible condicion que infunde y los dulcísimos sen-

timientos que despierta, tampoco es posible dudar de que es bellísima una obra que se vale del gracioso cuentecillo y la significativa tradicion, que reviste el delicado ropaje de la poesía ó el sencillo atavío de una elocucion clara y correcta, que se consagra á los niños, esas flores de la humanidad, esos séres aromáticos que flotan en una tibia atmósfera de candor y de pureza, esos inocentes espíritus que vienen á la vida envueltos en la rosada vestidura del amor y la alegría, y salpicadas las blancas alas con el argentado polvo de una protectora ignorancia y el luciente esmalte de las más ricas esperanzas; y que, en fin, esa obra destinada á esparcir sobre el alma la doble semilla de la verdad y del bien, de la ciencia y la virtud, y á preparar el corazon y la conciencia al sentimiento del deber, al respeto á la vida, al culto de cuanto es débil y útil, sensible y admirable, como producto de Dios en la Naturaleza, y elemento aprovechable en la Tierra, es grande, transcendental y magnífica.

La idea protectora, que como buena está destinada á extenderse por todos lados y á dominar sobre todas las gentes, como bella, guarda una parte para la mujer y otra para el niño, que son las figuras más seductoras é interesantes de la humanidad. Si la belleza le abre hoy las puertas del alma infantil, la bondad le asegurará mañana el perfecto reinado sobre las conciencias viriles: que es la infancia de hoy arca en que se guardan los fundamentos de la sociedad de mañana, y tabernáculo purísimo, por tanto, de nuestras más gratas esperanzas.

El destino de este pequeño librito es tan grande, como incalculable el de ese pequeño sér á cuyas manos vá á parar: cada una de las páginas de aquel, puede decidir de un dia de la vida de este; y cada una de aquellas lecciones, engendrar una virtud en la conciencia del hombre. Semillas de verdad y de grandeza, pueden trocarse en diamantes y zafiros para la corona del soberano de la Creacion; y máximas de moral y de justicia, pueden entretejer rosas y violetas

en la guirnalda de los nobles hechos con que se orla la historia de los más esclarecidos varones.

La Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas de Cádiz, acojió con avidez y desenvolvió con esmerada solicitud el felicísimo pensamiento de procuraros ¡oh, niños! un libro para vuestra enseñanza y vuestro deleite, para vuestra educacion intelectual y vuestra moral direccion.

Ocurrióse sacar este libro de los cerebros ilustrados, por medio de un certámen; porque la idea emuladora de la competencia lo hiciese más notable y más precioso, y porque la Sociedad misma pudiese escojer entre los productos del saber y del ingenio, el que juzgase más adecuado á vuestros espíritus y mejor calcado en el suyo propio.

Varios talentos y, lo que es aún más bello, varios corazones, trabajaron en vuestro provecho: muchas vigilias os fueron consagradas, y en ellas muchos latidos del alma y muchas pulsaciones del cerebro; y el dia del plazo vinieron á nuestro poder, en la se-

vera forma de unos libros y con la graciosa extructura de unos cuentos y leyendas, los productos generosos del pensamiento reflexivo y las inspiraciones suavísimas de aquellos corazones poéticos. Haz de luces y de flores que debía pasar por nuestras manos para ir á las vuestras, despues de apreciar su claridad y de experimentar la pureza de sus aromas: rocío de perlas y de sentimientos destinado á vuestras almas y á vuestra vida, y que no se os había de entregar hasta no escojer los mejores y juzgar los más eficaces y deliciosos.

Y esto es, dulces amigos, lo que hoy os entrega esta SOCIEDAD envuelto en este pequeño libro: leedlo bien, para que lo entendais fielmente; amadle mucho, para que le cumplais con puntualidad; y fijad bien, no ya en la memoria, sino en lo más hondo del corazon esas benéficas enseñanzas, que hoy empezarán por recrearos en vuestra venturosa superficialidad, pero que mañana habran de decidir quizas del carácter y valor moral de vuestra vida, en las complicacio-

nes y los hechos más graves y transcendentales de la existencia social.

Un fin fecundo y serio lleva en la mente la Sociedad, al daros esta obrita: vosotros no lo vereis hoy; mas lo verán vuestros padres, encargados por la Naturaleza de pagar con su agradecimiento y su estimacion los favores que se hacen á los hijos: pero sí vereis vosotros el amor con que se os entrega y que habeis de conocer en el halagador deleite que sentireis al deletrear sus páginas. Mañana, cuando seais hombres, momentos habrá en que recordeis las antiguas enseñanzas de la escuela: entre ellas encontrará vuestra imaginacion las de este libro, y vuestro espíritu reflexivo habrá de hallarlas en perfecta relacion con lo que os diga la razon y os aconsejen el deber y la justicia, al par que las encontrará escondidas, como lo está todo cimiento, en el fondo de vuestras resoluciones y sirviendo de pauta á vuestros hechos.

Cuando esto suceda, consagrad un recuerdo cariñoso al autor de estas lecciones,

y unid á él, en la gratitud y el afecto, á esta Sociedad, cuyos principios debeis profesar y defender siempre, y cuyos beneficios debeis propagar y difundir entónces entre vuestros hijos.

El Secretario General de la Sociedad Protectora,

Romualdo A. Espino.

LEMA.

La secreta ambicion de todos los animales consiste en someterse al hombre, su legítimo soberano.

A. Toussenel.

LOS NIDOS DEL CAPITOLIO.

Cuando los galos, antiguos moradores de la vecina Francia, asaltaron y destruyeron á Roma, los habitantes de la ciudad que pudieron salvarse de la muerte, se refugiaron en el Capitolio que era á la vez templo grandioso y fortaleza inexpugnable. En los huecos, aleros y cornisas de este edificio, levantado en honor de Júpiter, formaban sus nidos muchas y hermosas aves consagradas al dios de aquel nombre, y aunque los romanos miraban con gran veneracion los ocultos albergues de estos pájaros, á veces los soldados que estaban de guardia en las almenas de la fortificacion, se permitian ejercitar su destreza en tirar con hondas y saetas á los ino-

fensivos alados huéspedes del Capitolio y les quitaban los nidos que descubrían al acecho de la mano.

Uno de los que más se dedicaban á tan brutal ocupacion fué sorprendido en ella por el ilustre Manlio, general de las tropas que defendían el último baluarte de la ciudad de Rómulo: el robador de nidos tenía en la mano uno, en cuyo fondo piaban lastimeramente cuatro pajarillos aún no cubiertos de pluma, miéntras la triste madre revoloteaba por fuera buscando azorada las dulces prendas de su amor, que servían de entretenimiento á una brutal soldadesca.

—¡Hola! ¡Petreyo! dijo Manlio.—Veo que estas muy divertido y siento darte ahora una noticia que ha de turbar tu alegría; pero acabo de saber que los galos, no satisfechos con la destruccion de Roma, se han extendido por todo el Lacio, habiendo entrado tambien en Arpino.

—¿En Arpino?—exclamó lleno de angustia Petreyo.—Ese es mi pueblo: allí tengo mi familia. ¿Qué habrá sido de mis hijos?

¿Lo sabeis acaso, mi general?

—Lo ignoro:—contestó Manlio;—sólo te puedo decir que allí, como en todas partes, los enemigos del nombre romano han cometido violencias horribles. El galo que cayó prisionero anoche en el reconocimiento practicado por el valeroso centurion Afranio, es uno de los que han estado en Arpino y refiere atrocidades. Él mismo no se avergüenza de confesar que arrancó de los brazos de la propia madre dos hermosos niños.

—¡Oh Dios, si serían mis hijos!—interrumpió el soldado.—Dejadme que yo pregunte á ese infame galo; pero decidme ántes: ¿dió muerte á las inocentes criaturas?

—Escucha:—prosiguió Manlio.—Suplicante y loca de dolor iba la infeliz madre detras del soldado, como esa triste ave da vueltas alrededor de tí, lanzando agudos quejidos para reclamarte los tiernos pajarillos que le has robado y que son pedazos de su corazon. ¿No los oyes como pían, mirándote con indecible ansiedad? Es que te suplican en su oscuro lenguaje que los devuelvas á su ma-

dre, como los niños rogaban al fiero galo que los dejara en el regazo maternal. ¡Y dice el prisionero que estaban tan hermosos juntando sus manecitas en demanda de compasion! El uno era rubio y con apacibles ojos azules, vivo retrato de su madre: el otro de tez morena y ojos negros como los tuyos.

—No hay duda; eran mis hijos; pero no me atormenteis, mi general: decidme, ¿los devolvió el galo?

—¿Y tú has devuelto el nido?—respondió Manlio—¿Pues cómo quieres esperar del galo una conmiseracion que tú no tienes para esos indefensos pajarillos?

Lleno de vergüenza y dejando caer furtivas lágrimas por su tostada mejilla, cojió Petreyo el nido y volvió á colocarlo en el sitio donde lo formaron de leves pajas y cubrieron de blandas plumas dos pequeños séres unidos por el amor.

Entónces Manlio, abrazando con efusion á Petreyo, le dijo:

—Tus hijos no han corrido el menor riesgo, ni los galos han entrado en Arpino: todo

ha sido una invencion dichosa con la que he logrado despertar en tí la voz de la naturaleza, para que dulcifiques los inhumanos instintos que mostrabas complaciéndote en atormentar á séres que, si carecen de alma racional, no están privados de corazon para amar á sus pequeñuelos. ¡Ojalá que el mal rato sufrido te sirva de provechosa leccion, como debe servir de recompensa á la buena obra que acabas de practicar, el ver la alegría y la felicidad que reina en ese nido! ¿No ves con cuánta ternura acaricia la madre á los hijuelos que lloró perdidos, y no oyes sus dulcísimos gorgeos que parecen la accion de gracias de un alma agradecida y la promesa de pagar alguna vez el beneficio recibido?

—¡Pobre avecilla!—repuso algo conmovido Petreyo:—¿cómo podrá ella devolverme el bien que acabo de hacerle?

—¿Quién sabe?—dijo Manlio:—á veces los sucesos humanos de mayor trascendencia dependen de circunstancias pequeñas y accidentes imprevistos, en que intervienen los séres mas humildes, como para quebrantar

la soberbia de los hombres ó para enseñarles que un corazon agradecido, aunque palpite en el cuerpo de un irracional, puede dar muestras de reconocimiento.

La misma noche del día en que pasó esta escena y cuando todos dormían en el Capitolio, hallábase Petreyo de guardia en el punto donde por la mañana había robado y devuelto el nido, cuando notó que de este y de todos los que estaban próximos, salían las aves lanzando agudos chillidos y revoloteaban azoradas en torno de él, como si quisieran advertirle de algun suceso extraño ó peligro inminente. Aplicando entónces el oido, percibió ruido de escalas y pasos de gente que por ellas subía con el mayor sigilo; y no cabiéndole ya duda de que los galos, á favor de la oscuridad y el silencio, intentaban asaltar la fortaleza, dió la voz de alarma.

Manlio, siempre vigilante, acudió presuroso: los soldados cubrieron sus puestos, cortaron á tiempo las escalas ya llenas de enemigos, y cuando estos creían sorprender la fortaleza, se vieron gallardamente recha-

zados y cayeron en los fosos, donde encontraron una muerte horrible. Los romanos colmaban de felicitaciones á Petreyo, sin cuya vigilancia hubieran todos perecido; mas él, tendiendo los brazos á su general Manlio y vertiendo lágrimas, decía:

—No á mí, sinó á las aves de estos nidos, que por entretenimiento arrancábamos, es á quien debe Roma la salvacion del Capitolio: ellas con sus aleteos han decidido los destinos del pueblo rey: la gratitud nacional exige que las leyes romanas impongan pena capital á todo el que quite un nido, y los hombres todos deben aprender en este ejemplo á mirar en los humildes albergues de las aves algo inviolable y sagrado, no permitiendo que los niños tomen como diversion el arrancarlos.

EL SALVADOR DE LOS NÁUFRAGOS.

Nave que ya no domina
las olas ni marca rumbo,
avanza de tumbo en tumbo
por los mares de la China:
Ya la clemencia divina
la tripulacion invoca;
y en tanto la nave choca
de un alto escollo en los brazos,
haciéndose mil pedazos
en la base de la roca.

—

Á ella sujetos con brío
algunos náufragos quedan;
pero los otros ¡ay! ruedan
del piélago al centro frío.

Un sér generoso y pío,
nadador hábil y fuerte,
que tuvo la buena suerte
de ganar la roca dura,
se lanza al mar con bravura
para luchar con la muerte.

—

«¡Infeliz!—Los otros gritan:—
inútilmente te inmolas!»
Y él vá rasgando las olas,
que de encontrarle se irritan:
los corazones palpitan
de temor y ansiedad loca;
mas el héroe no se apoca,
y, cual si fuera Neptuno,
vá llevando uno por uno
los náufragos á la roca.

—

Por el último al fin vá,
pero el cansancio le asalta:
el ánimo no le falta,
mas fuerzas no tiene ya.
¡Y nadie socorro da
al que á tantos le prestó!

Y el infeliz sucumbió
víctima de su heroismo,
y del mar el hondo abismo
su cuerpo inerte tragó.

—

Sus colegas entre tanto,
por un buque recogidos,
se alejaron conmovidos
y vertiendo triste llanto.
Pusieron con fuego santo
en bronce, en mármol y en hierro,
en el llano y en el cerro,
de su salvador el nombre...
el cual era—no os asombre—
¡un grande y hermoso perro!

POR UNA PALOMA.

Era el 25 de Abril de 1429: en la ciudad de Blois, asiento del gobierno militar que el rey de Francia, Cárlos VII, habia dado á la célebre Juana de Arco, reinaba grande agitacion. Todo el dia habian estado llegando familias procedentes de Orleans, anunciando que esta plaza, sitiada por los ingleses, no podía resistir más tiempo; que sus defensores, despues de hacer salir á todas las personas inhábiles para llevar las armas, rendidos ya por el hambre y desesperanzados de obtener socorro de nadie, iban á entregarse á discrecion.

Tales nuevas consternaron á los moradores de Blois; porque Francia, vencida por los

ingleses en todos los combates de la guerra llamada de los *Cien años*, iba á desaparecer como nacion, convirtiéndose en provincia de Inglaterra, si Orleans, último escudo de la patria, caía tambien en poder del enemigo. Pero ¿quién evitaría ya tamaña desventura? Sólo Juana de Arco, aquella jóven aldeana que, por inspiracion del cielo, se presentó al rey para anunciarse como salvadora de la Francia.

Por eso todos los habitantes de Blois se dirigieron á casa de la varonil campesina, dándole cuenta del triste suceso y rogándole que inmediatamente marchase con sus tropas en defensa de la plaza, cuya rendicion se tenía como inevitable. La doncella quiso, ántes de resolver, interrogar personalmente á los portadores de la noticia: acercóse en efecto, llamada por la multitud, una mujer ya anciana, que daba la diestra mano á un niño de corta edad y llevaba en la siniestra una pequeña jaula que tenía dentro una paloma; y confirmando los rumores de que se había hecho eco la muchedumbre, dijo:—Si

esta tarde al ponerse el Sol, no han recibido seguridades de próximo auxilio los defensores de Orleans, harán entrega de la plaza á los ingleses. Yo, como otros muchos, he preferido abandonar mi casa ántes que verla allanada por nuestros enemigos; y por cierto que me ha costado trabajo el poder salir, pues no se permite sacar subsistencias y querían que dejase esta pobre paloma, de la cual no se desprende mi nieto un solo instante.

Juana de Arco no escuchaba ya estas últimas palabras: abismada en tristes ideas, permaneció algunos momentos con los ojos elevados al cielo, hasta que, volviéndose á los circunstantes, les dijo:—Ya veis que no hay medio de evitar el gran infortunio que amenaza al pais: yo, si quereis, ahora mismo reuniré las tropas de mi mando y volaremos en defensa de Orleans; pero la distancia es tal, que cuando divisemos sus muros ya flotará en ellos el odioso pabellon británico. Sólo teniendo alas, pudiéramos llegar á tiempo de evitar su rendicion.

—Es cierto;—exclamó tristemente la multitud; pero un sacerdote se adelantó hacia la buena mujer que había traido el funesto mensaje, diciéndole:

—Señora, esa paloma que teneis en la jáula, ¿se ha criado en Orleans?

—Allí nació — contestó la anciana — y nunca, hasta ahora, ha salido de su recinto.

—¡Gracias, Dios mio!—repuso con solemne emocion el sacerdote—la plaza no se rendirá esta tarde; la Francia se ha salvado.

—¡Cómo! ¿Qué decis? ¿Por una paloma?—gritaron llenos de asombro casi todos los concurrentes, si bien algunos dejaron asomar á sus labios amarga sonrisa de incredulidad y aun de lástima, por creer que había perdido el juicio el que ponía la salvacion de la patria en una tímida ave.

Cuando cesó este primer momento de contrapuestas impresiones, recobró la palabra el ministro del altar, y dijo:

—¿No recordais que Noé, para averiguar si había cesado el Diluvio por todas partes, soltó primero un cuervo, que no volvió al Ar-

ca, y despues una paloma, que regresó trayendo en el pico una rama verde? Y no veis en este pasaje del libro sagrado una revelacion del maravilloso instinto que tiene la paloma para buscar por los aires el punto en que está su nido? No juzgais probable, casi seguro, que dando libertad á la prisionera de esa jáula, remontará su vuelo en direccion á la ciudad en que se ha criado? Pues hagamos la prueba, que en ello nada se aventura: en un pedazo de pergamino, sujeto al cuello del ave mensajera, anunciarémos á los orleaneses que no se rindan, pues Juana de Arco vá en su socorro. Tened por cierto, que ántes de una hora los heróicos defensores de la plaza habrán recibido la noticia, y el último baluarte de la patria continuará resistiendo los redoblados ataques del invasor.

Conmovedores gritos de entusiasmo acogieron las palabras del sacerdote: la jóven heroina requirió sus armas: los clarines de guerra estremecieron el aire con sus vibrantes sonidos para reunir las tropas; miéntras

el pobre niño, á quien pertenecía la blanca paloma, objeto de tan grandes esperanzas, lloraba amargamente la pérdida del ave querida.

—Hijo mio,—le dijo cariñosamente el buen ministro del altar:—por la patria debemos hacer todo género de sacrificios, incluso el de nuestra vida: esos soldados que ves, marchan á derramar su sangre en los campos de batalla; sus madres les dejan ir, aunque el dolor destroza sus corazones; ¿y tú negarás á la Francia ese humilde volátil, de quien depende en estos momentos la salvacion y la gloria de tu pueblo?

Los ojos del niño, ántes llenos de lágrimas, se iluminaron de repente con la divina luz del patriotismo: con su propia mano sacó la paloma de la jáula, aseguró en su cuello el glorioso retazo de pergamino en que se cifraba la suerte de toda una nacion, y soltándola en el aire, dijo con voz solemne y conmovida:—Vuela, paloma mía, dirije tus alas hacia Orleans; que Dios te preserve de la vista de los halcones y de impetuosos

vientos contrarios que disminuyan la velocidad de tu carrera.—El ave, como si comprendiera toda la importancia de su mision, alzó majestuosamente el vuelo y tomó rumbo hacia Orleans, seguida de las bendiciones de todos.

Aquella misma tarde, cuando el Sol llegaba á su ocaso y los ingleses, llenos de júbilo, se disponían á hacer su entrada triunfal en la plaza, vieron enarbolada en sus muros bandera negra, lo cual les dió á entender que la ciudad no se rendía; y á la noche siguiente penetraba en ella, á favor de la oscuridad, Juana de Arco, que, derrotando al enemigo en sus propias trincheras, le obligó á levantar el sitio. Desde entónces la victoria no dejó de sonreir á las armas francesas, que pusieron glorioso término á la guerra de los *Cien años,* arrojando á los ingleses de todo el territorio nacional.

Hé aquí cómo los destinos de un pueblo se deciden á veces por los séres más humildes, por esos pobres animalitos que el hombre maltrata y destruye brutalmente, cuan-

do debiera dispensarles todo su cariño y proteccion, no sólo porque á ello nos obliga nuestro carácter racional, sino con el fin útil de perfeccionar y dirigir á nuestro bien los instintos, cualidades y aptitudes de que cada especie fué dotada por la naturaleza.

LA FIESTA DEL BUEY GORDO.

Ved esa mole de carne
que se mueve á paso lento;
ese animal corpulento,
que lleva el nombre de buey.
Pues mónstruo tan rudo y fiero
del hombre cede al cariño,
y sigue la voz de un niño
que le impone dura ley.

—

Del labrador los esfuerzos
gustoso y dócil secunda,
y á la bárbara coyunda
su cerviz potente da.
Convertido en mansa bestia
el indómito gigante,

sudoroso y jadeante
el surco trazando vá.

—

El hombre le aguijonéa
porque redoble el empuje,
y el animal sopla y muge
con doliente y sorda voz:
voz profunda y cavernosa
como el surco en que resuena;
quien la escucha y no se apena,
revela instinto feroz.

—

¡Pobre animal generoso
que al hombre da en agasajo,
miéntras vive, su trabajo,
su propia carne, al morir!
¡Oh! no extrañeis que el Egipto,
de gratitud dando ejemplo,
quisiera grandioso templo
al buey Apis erigir.

—

Sonrójese nuestro siglo
que en mascarada convierte
el camino hacia la muerte

de tan útil animal.
Paris, orgullo de Francia,
centro de la Europa culta,
del buey el suplicio insulta
con fiestas de carnaval.

—

Qué barbarie! ¡Todo un pueblo
corriendo con entusiasmo
á pagar con su sarcasmo
del noble buey el amor!
Trabajemos porque cesen
éstas costumbres brutales:
vejando á los animales,
el hombre no se hace honor.

EL SEPULCRO DE UN REY
ó
LA AFICION Á LA CAZA.

Por la nevada cumbre de un fragoso monte de Asturias caminaban, al amanecer de un claro día de invierno, el rey D. Favila y varios magnates de su pequeña córte, provistos de venablos, chuzos, cuchillos y demás instrumentos de caza que se usaban cuando aún no eran conocidas las armas de fuego. Todo este aparato venatorio revelaba claramente que la idea de los expedicionarios era dar una gran batida á las reses mayores que entónces abundaban, y no escasean todavía, en el escabroso país donde lanzó Pelayo el grito de guerra contra los moros. La circunstancia de estar el suelo alfombrado por la copiosa nieve que cayera la

noche anterior, era muy favorable al buen éxito de la cacería; porque señalándose en el piso la huella de las reses, era fácil buscarlas en sus madrigueras.

Con la seguridad, pues, de matar cuantas piezas quisiera, iba lleno de júbilo el monarca asturiano, cuya diversion favorita era la caza; así que, habiendo ya hecho blanco de sus acertados tiros á gran número de corzos, venados y jabalíes, se alejó de su comitiva para seguir un rastro de oso que notó en la nieve. Dando gracias á la fortuna que le deparaba un lance arriesgado en que pudiera hacer alarde de su destreza y empleo digno de su valor, llegó hasta el pié de un alto risco donde era evidente que debía tener su gruta el fiero animal cuyas huellas seguía; porque estas señales cesaban desde aquel punto.

En efecto: por una ligera abertura practicada entre dos peñascos por la misma naturaleza, penetró audazmente D. Favila, aunque apercibiendo sus armas contra el formidable enemigo que dentro le aguardaba,

segun todos los indicios. No era sin embargo así; pues en el fondo de la espantosa caverna estaban solos y dormidos tranquilamente dos pequeños cachorros, á quienes sus padres habían dejado sin duda para ir en busca del ordinario sustento. El hallazgo del mayor tesoro, no hubiera causado al príncipe tan vivo gozo como el de sorprender el domicilio de un oso, en circunstancias tan favorables para contemplar el interesante cuadro de familia que á sus ojos presentaba aquel hogar doméstico, tan pocas veces visitado por el hombre. Aquellos tiernos séres, que el amor paternal ponía bajo el amparo de un escondrijo en el seno de una naturaleza salvaje, acaso trajeron á la memoria del rey la santa imágen de sus inocentes hijos que estaban en la cuna cuando salió de casa, y hubo de sentirse vagamente conmovido; pero sofocada esta voz de la naturaleza por los instintos del cazador, y pensando en la fama y renombre que como tal adquiriría llevando vivos á la córte los dos hijos de la fiera, cuya guarida fué osado á violar, co-

giólos en brazos y púsose en marcha, ufano de tal secuestro.

Mas, al tiempo de sacar la cabeza por la estrecha hendidura que constituía la salida de la cueva, se halló en las garras de un oso corpulento, que era el inquilino del allanado albergue y el padre de las víctimas de un rapto tan imprevisto. Presa del terror el desdichado Favila, dejó caer de sus brazos los cachorros y no tuvo fuerzas para empuñar las armas: hincóse de rodillas, y alzando sus manos suplicantes al animal, como si fuera capaz de entender su ruego, exclamó:

—Perdóname, no me quites la vida: ¿qué será de mis hijos?

—Y tú ¿qué pensabas hacer de los mios?—dijo el oso acariciando á sus pequeñuelos y dejando al rey absorto de oirle hablar. Dios quiere—continuó luego—dotarme de palabra en este momento para hacer ver, ántes de que encuentres en mi estómago digno sepulcro, cuan bárbara y peligrosa es la aficion de los hombres á la caza. ¡Ojalá todos escarmienten con el ejemplo de tu fin y los

animales puedan vivir en la amable compañía del sér racional, en vez de retirarse á los parajes incultos, como lo verifican ahora, huyendo de la guerra que les hace el rey de la creacion!

—Pero si el hombre es el rey de la creacion, segun tú mismo lo reconoces—se aventuró á objetar D. Favila—parece que debe tener derecho á la vida de los brutos.

—Cuando lo exijan las necesidades de la suya;—interrumpió el oso—pero la mayor parte de los cazadores de aficion tienen repleto su estómago, y sólo por diversion y pasatiempo se entregan á los ejercicios venatorios: es decir, que por puro solaz quitan la vida á multitud de séres, cuya falta ocasiona tal vez la muerte de otros que quedan en la orfandad.

—Es cierto—repuso el monarca—y te confieso que yo jamás había parado mientes en eso, y ni aun me figuraba que los irracionales pudieran sentir la muerte de los suyos: me parecía que traspasar con mi venablo el corazon de un bruto, era lo mismo

que clavarle en el tronco de un árbol. Por eso mi distraccion predilecta era la caza, que por otro lado tiene el atractivo de ser un simulacro de la guerra, en que los hombres de armas se adiestran para los verdaderos combates.

—Bien se conoce—respondió la fiera con marcada ironía—que tratas de asegurar, á fuerza de simulacros, el éxito de la primera batalla que dés contra los moros: nadie duda que con ella eclipsarás la gloria que alcanzó tu padre en Covadonga... Pero ¿qué estoy diciendo? ¡desgraciado de tí! Ya no te queda tiempo de esgrimir tu espada contra el árabe. Vas á perecer entre mis dientes ahora mismo; y cuando la Historia pregunte con qué brillantes hechos hiciste adelantar la Reconquista, podrás decir desde el fondo de tu tumba, que será mi vientre: «Mi espada, aunque vírgen de sangre mora, se enrojeció con la de pobres animalejos: mis trofeos son las pieles de ligeros corzos, intrépidas liebres y otros formidables enemigos de la patria; mas al fin yo mismo fuí

cazado por uno de ellos, que en las profundidades de sus intestinos me ha erigido un mausoléo digno de mis hazañas.»

Y diciendo esto el terrible animal, dió muerte al rey cazador, celebrando con sus sangrientos despojos un festin, en que aprendieron á ejercitar sus dientes los dos cachorros que intentó robar D. Favila.

EL LAZARILLO DEL CIEGO.

Con triste y pesada cruz
marcho por sendas de abrojos:
ya no perciben mis ojos
las bellezas de la luz.

Soy ciego, pobre y anciano;
no sé cuando es noche ó día:
para servirme de guía,
nadie me alarga la mano.

¡Dios mio! ¡Qué soledad!
Y aunque á andar el pié no acierta,
tengo que ir de puerta en puerta
llamando á la caridad.

No puedo andar, ¡ay de mí!

Señor, escuchad mi ruego.
¿No hay un sér que al pobre ciego
le pueda sacar de aquí?

Un perrillo que escuchaba,
de la estancia en un rincon,
la tierna deprecacion
que el anciano formulaba,

Respondióle de esta suerte
en su lenguaje sencillo:
—Yo seré tu lazarillo
si quieres, hasta la muerte.

Iremos juntos los dos;
yo tus pasos dirigiendo
y tú limosna pidiendo
de la caridad en pos.—

Ejemplo que no alecciona
al mundo, por más que asombre:
¡el hombre abandona al hombre
y el perro no le abandona!

LA TIENDA DEL REY D. JAIME.

D. Jaime el Conquistador, aquel insigne monarca aragonés que arrancó al poder de los moros las islas Baleares y el reino de Valencia, estaba dotado de un corazon tan valiente en la guerra como tierno y sensible á la voz de la naturaleza y de la humanidad. El fragor de las batallas nunca le estremecía, y el canto de las aves conturbaba su espíritu con vago estremecimiento: siempre que fijaba sus reales en sitio poblado de árboles, se levantaba al amanecer para escuchar embelesado el dulce concierto que forman los pajarillos saludando al nuevo día; y cuéntase que una vez no quiso levantar el campamento por no destruir un nido.

Fué el caso que una golondrina, figurándose tal vez que las tiendas de campaña eran casas estables, eligió la del rey para en ella labrar su nido; y el fiero soldado, cuando regresaba á su militar albergue despues de un sangriento combate, se deleitaba en ver á la industriosa golondrina formar, con tanta paciencia como habilidad, el tálamo para su amor y la cuna para sus hijuelos.

Hallábase la tienda bajo un álamo frondoso, en cuyo ramaje tenía oculto su nido un parlero ruiseñor que dejaba caer sus dulces gorgeos sobre la regia morada; de suerte que D. Jaime era feliz viendo á su huéspeda fabricar el nido y oyendo los trinos que el ave canora lanzaba al viento con indecible entusiasmo.

Una tarde en que el rey, el arzobispo de Narbona y un moro de Valencia, llamado Abdulmelik, trataban sobre las condiciones para la rendicion de aquella ciudad, parecía que el ruiseñor se había propuesto no dejarles hablar, segun era de contínuo y

poderoso el torrente de voz que soltaba en melodiosas vibraciones, miéntras la golondrina, como si estuviera en el complot, hacía gala de repetir su monotono chillido. Al fin hubo de enojarse el moro, que exclamó:

—Por Alá, que estos animalitos van á callarse bien pronto;—y tomando su ballesta dijo al rey:—Si me dais permiso para mostraros mi destreza, voy á clavar una flecha en el corazon de esas importunas aves.

—Aunque el carácter de parlamentario con que has venido á este lugar—replicó D. Jaime—hace tu persona inviolable y sagrada para mí, debo advertirte ¡oh Abdulmelik! que si fueras osado á ejecutar lo que dices, pagarías con tu sangre la de esas dulces avecillas que me acompañan y distraen: la una cierra mis ojos al sueño con sus leves aleteos y la otra me despierta á la alborada entonando alegres himnos que se elevan á Dios juntamente con mi plegaria matutina.

—Comprendo, rey poderoso—dijo el ma-

hometano—que os agrade el canto del ruiseñor; pero no me explico vuestro entusiasmo por esta otra ave, casi muda, que llena de suciedad vuestra tienda con gran desdoro de tan gran príncipe.

—¡Qué quieres, Abdulmelik!—repuso el monarca aragonés:—tengo una verdadera pasion por todos los séres que Dios ha criado para embellecer la vida del hombre y muy especialmente por las mansas aves del cielo: cada una tiene para mí su encanto; y si la golondrina carece de las dotes musicales que adornan al ruiseñor, la dulce tristeza de su monotono chillido conmueve profundamente mi alma, desatando en ella raudales de ternura y simpatía. Además, tú ignoras que entre nosotros los cristianos hay la piadosa creencia de que las golondrinas revoloteaban junto á la cruz en que fué muerto Jesucristo, para quitarle las duras espinas que ensangrentaban su frente, y esta poética tradicion sería motivo suficiente para que yo no negara á la que estás mirando el albergue y la proteccion que ha

venido á buscar bajo mi techo.

—Señor,—contestó Abdulmelik—permitidme os diga, que esos humildes volátiles no son objeto digno de vuestra proteccion: el fuerte brazo de un ilustre caballero sólo debe ejercitarse en amparar doncellas cuitadas, viudas menesterosas, reinas y princesas abatidas por el infortunio.

—¿Y quién te ha dicho, Abdulmelik,—repuso el arzobispo de Narbona, que hasta entónces no había tomado parte en la conversacion;—¿quién te ha dicho que esos humildes volátiles, como tú los llamas, no son dos princesas de antiguo y preclaro linaje? Pues has de saber que la golondrina es, bajo la apariencia de ave, hija de un rey y esposa de otro; y el ruiseñor es una hermana de esta reina.

—¡Cómo!—exclamó el moro valenciano, abriendo desmesuradamente los ojos—¿esos pájaros, son dos princesas? ¿Y es que están encantadas? ¡Oh! contad, contad su historia, si el rey lo permite.

—No solamente lo permito—respondió

D. Jaime—sinó que deseo tambien conocer ese portento.

—Es muy breve;—dijo el prelado.—La mitología griega, que inventó una bella fábula para cada uno de los séres de la naturaleza, cuenta que Pandion II, rey de Atenas, tenía dos hijas, llamadas Progne y Filomela, y que casó la primera con Tireo rey de Tracia; pero éste, habiéndose prendado de la segunda que fué acompañando á su hermana, la ofendió brutalmente en su honor; y luego, para que no publicase el delito, le cortó la lengua y la encerró en una prision. Su hermana Progne pudo libertarla; y despues tomó venganza de su marido, sirviéndole en un festin los miembros de su hijo Itis. En castigo de tales crímenes, los dioses transformaron á Progne en golondrina, á Tireo en gavilan y á Filomela en ruiseñor. Ahora comprendereis por qué la golondrina está condenada á no tener otro canto que esa melancólica nota aguda que parece decir *Itis:* es que, para eterno remordimiento de su conciencia, no

puede lanzar otro grito que el nombre de su víctima. En cambio el ruiseñor, que es Filomela, canta sin cesar, como en desquite del tiempo en que estuvo privada de lengua: es el ave artista, apasionada de la música, como si quisiera ahogar en un occéano de melodías sus pasadas desventuras. Por eso sus trinos parecen una endecha; por eso es negro el color de su plumaje: el luto que envuelve el alma de éstas dos interesantes criaturas, reclamó á la naturaleza un traje severo.

—Ahora me doy cuenta—exclamó D. Jaime—del lazo misterioso que ha unido estos dos séres sobre mi tienda, y de la tierna simpatía con que mi corazon ha respondido siempre á su canto. Yo os prometo, hermosas aves, no levantar esta portátil vivienda hasta que de vuestros nidos hayan volado los dulces hijuelos que serán el fruto del amor que hoy se exhala de vuestros picos en musicales epitalamios.

En efecto; el rey de Aragon estaba ya en la ciudad del Turia, y aun permanecia in-

móvil su tienda de campaña, como glorioso mónumento del amor de un soldado á los séres más débiles de la creacion, pero á los cuales se siente atraido el hombre por irresistible impulso; quizas porque tienen alas y le despiertan vehementes deseos de volar: acaso nuestro espíritu, que tambien tiene alas, aunque atadas por las ligaduras del cuerpo, quiere desplegarlas cuando vé á los pájaros, y remontarse como ellos á regiones desconocidas. Si esto es un presentimiento de nuestro destino ulterior, amemos á las aves que le han hecho surgir del corazon humano.

EL FILTRO PRODIGIOSO.

Aquel venerable anciano
que, de una colina al pié,
mira gozoso y ufano
la vid que plantó su mano,
es el patriarca Noé.

—

Contempla la lozanía
de la planta trepadora
que al pecho del hombre envía
corriente fascinadora
de atraccion y simpatía.

—

Se acerca con emocion
á coger su fruto opimo;
pues le dice el corazon

que aquel dorado racimo
trae al mundo una mision.

—

Su jugo exprime, y apénas
el licor su labio toca,
siente correr por sus venas
algo que mata las penas
y el entusiasmo provoca.

—

Del corazon se estremece
la más recóndita fibra:
el incendio avanza y crece;
y al rayo que dentro vibra,
la inspiracion resplandece.

—

Al cabo el néctar divino
sueño profundo le trae;
y perdiendo todo tino,
de la mano se le cae
la primer copa de vino.

—

Ceñida en tirsos la frente,
recoge Baco esa copa
que guarda el filtro potente,

y la lleva triunfalmente
por el Asia y por la Europa.

—

Las gentes en procesion
corren tras el dios obeso,
que de region en region
planta una vid, cual jalon
que ha de mirar el progreso.

—

No es, pues, figura irrisoria
la de Baco. ¿Qué adalid
hay digno de mayor gloria,
si las ramas de la vid
son el carril de la historia?

—

Cantad al que en su camino
por trofeos vides puso;
sin rubor cantad al vino;
la ignominia del abuso
no degrada su destino.

—

En ese bello licor,
que la vida y el calor
lleva á las zonas de nieve,

el mundo cristiano bebe
la sangre del Redentor.

—

Siempre que en solemne día,
en muestra de simpatía,
come el hombre con su hermano,
mira al cielo y, copa en mano,
lanza un brindis de alegría.

—

Ved si proteccion merece
la planta que da tal fruto
y en el suelo español crece,
dando ese rico tributo
con que Jerez se envanece.

EL LAUREL DE LA ZUBIA.

EL LAUREL DE LA ZUBIA.

La fértil vega de Granada, uno de los paisajes más bellos de Andalucía, ostentaba los esplendores de su lozana vegetacion en la primavera del año 1491, cuando las armas de Castilla, guiadas por los reyes Católicos y vencedoras ya de todo el reino granadino, aparecieron á la vista de la hermosa ciudad que baña el Darro.

A fin de rendirla pronto, mandaron aquellos príncipes hacer una tala general en la campiña; y muy en breve la devastacion y el incendio concluyeron con todos los árboles, que ya engalanados de flores y aun cubiertos de frutos, embellecían la fronda y perfumaban el ambiente. La dura ley de la

guerra hacía necesaria esta medida, que ejecutaron con todo rigor los caudillos de la hueste. Uno de estos, á quien tocó destruir las casas y huertas de la Zubia, pequeña aldea próxima á Granada, tuvo lástima de un frondoso laurel que era pompa y orgullo de la comarca, y se atrevió á exceptuarle de la órden de exterminio.

El caudillo que á tanto fué osado se llamaba Hernan Perez del Pulgar, y sus compañeros le apellidaron *el de las hazañas*, por las muchas y arriesgadas que llevó á cabo durante la guerra contra los moros granadinos. Huyendo del calor y la fatiga, hallábase el valeroso campeon sentado á la sombra del copudo laurel miéntras hacían la tala sus soldados: uno de ellos, sin haber visto á su jefe, descargó el hacha sobre el grueso tronco del árbol que cubría con sus ramas á Hernan Perez; y en el instante mismo creyó este haber oido un grito de dolor que se exhalaba de la herida abierta en el duro leño.

Se incorporó lleno de asombro y vió al

soldado, que, mudo de terror y con el semblante lívido, había dejado caer en el suelo el arma destructora.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó el caudillo.

—Señor,—contestó el soldado—aquí debe haber encantamiento: ese laurel es una persona, y yo no doy un golpe más en él, porque no quiero cometer un homicidio.

—¿Y no te pareció que era voz de mujer la que salió de ahí?—interrogó de nuevo el jefe.

—Ah! Sí, señor,—respondió el interpelado—y de mujer jóven: sin duda es alguna doncella cristiana convertida en árbol por un moro encantador.

—De eso nada sé;—repuso el caudillo—pero segun la mitología, el laurel no es otra cosa que un dirfraz arbóreo bajo el que se oculta una hermosa jóven, llamada Dafne, que tomó aquella forma para burlar al dios Apolo que la perseguía con lascivo intento; por lo cual esta divinidad quiso que le fuera consagrado el laurel y que sus ramos sir-

vieran para coronar á los poetas y á los guerreros.

—Pues siendo así—exclamó con entusiasmo el soldado—no toquemos á ese árbol que, aunque tiene infinitas ramas, no se quedará con muchas, si ha de ceñir la frente de todos los héroes que hoy empuñan las armas contra el último baluarte de los moros.

—Dices bien;—agregó Hernan Perez—y si, además, la galantería obliga á los caballeros tanto como el valor, no debemos arrojar de su escondido albergue á la virtuosa dama que hizo de un humilde vegetal el escudo de su honra. ¡Quién sabe si es destino de ese árbol librar á las mujeres de graves riesgos!

Y diciendo esto se alejaron de aquel sitio jefe y soldado, á tiempo que las ramas del laurel, ó estremecidas por un viento fuerte, ó agitadas por secreto impulso, se inclinaban hacia el paladin como dándole gracias por la generosidad de sus sentimientos.

Algunos dias despues, la reina Católica,

que unió á las virtudes de mujer los atributos de heroina y que se hallaba en el campamento animando con su presencia á los soldados, quiso ver más de cerca la populosa ciudad en que aún brillaba la Media Luna; y con tal propósito, y acompañada de los más ilustres guerreros, llegó hasta la Zubia y pudo contemplar á su sabor toda la magnificencia de la oriental Granada.

Pero los defensores de la plaza, avisados por los centinelas de sus minaretes, salieron en gran número y con ímpetu furioso acometieron á los cristianos, que esta vez se llenaron de temor, no por sus vidas, sinó por la de su reina, que estaba en inminente peligro: todos se pusieron delante de ella para ocultarla á los ojos de la morisma; y entre tanto Hernan Perez, inspirado por súbita idea,

—Seguidme, Señora,—exclamó con voz anhelante.

Isabel I desapareció tras la nube de polvo que levantaban los caballos de cristianos y moros empeñados en rudo combate.

Al fin los sectarios de Mahoma tuvieron que abandonar el campo y encerrarse en la ciudad, hasta cuyos muros fueron seguidos por los soldados de la Cruz; pero al volver estos en busca de su reina, vieron con angustia y sobresalto que no estaba en el sitio de la refriega. Ya recelaban de que hubiera caido en poder de los moros, cuando apareció Hernan Perez y calmó sus temores anunciando que la augusta señora se encontraba en salvo y en compañía de una hermosa doncella, que había sabido ocultar á la vista de los moros la presencia de la reina de Castilla. Todos los paladines corrieron al lugar designado por su compañero, y hallaron á Isabel la Católica sentada bajo el espeso ramaje de un laurel.

—Desde este paraje—les dijo—he visto los prodigios de valor que habeis hecho por salvarme, y os doy las gracias; pero dádselas vosotros conmigo á esta ninfa protectora que me ha tenido á cubierto de las miradas de los árabes.

Atónitos los caballeros, tornaron sus ojos

adonde señalaba la reina, procurando en vano descubrir la ninfa de que hablaba: entónces Hernan Perez refirió la aventura del laurel y dijo que España sabria conservarle eternamente. Y en efecto; hasta nuestros dias ha llegado por una no interrumpida sucesion de brotes y renuevos este árbol sagrado que, si evoca un recuerdo glorioso de la historia nacional, es tambien un testimonio vivo de la utilidad de los árboles, enseñándonos á no destruir brutalmente y sin objeto esos gigantes del mundo vegetal, que ofrecen hermosura á los ojos, aromas al olfato, refinamiento al gusto, nutricion al estómago remedios á las enfermedades, sombra y descanso al viajero, resinas y maderas á la industria, y que atraen sobre los campos el rocío de las nubes como una bendicion del cielo.

EL PERRO DEL AJUSTICIADO.

Valladolid, corte un dia
del gran reino castellano;
tiene una pequeña plaza
que la llaman del *Ochavo;*
y en ella vió levantarse,
del siglo quince á mediados,
por órden de Juan Segundo,
un aterrador cadalso.
Su escalera, con pié firme
y sin apoyar la mano,
subió un hombre, que del rey
fué ministro y gran privado.
Es D. Alvaro de Luna,
Gran Maestre de Santiago,
Condestable de Castilla,

y de esta nacion el árbitro.
Efectos de su soberbia
ó envidia de cortesanos,
hoy á morir le conducen
como vil ajusticiado.
¡Qué diferencia, Dios mio!
—dice reprimiendo el llanto—
ayer... ¡qué poder tan grande!
hoy... ¡qué triste desamparo!
Ayer me cercaban todos,
mis favores aguardando:
¿dónde están hoy mis amigos
y mis parientes cercanos,
y los que saqué del polvo
á ocupar lugares altos,
y los que mi pan comieron
y en mi casa se hospedaron?
Todos, todos me abandonan:
ninguno encuentro á mi lado.
Y miéntras esto decía
con harta razon D. Alvaro,
su perro se le acercaba
para lamerle la mano,
á tiempo que su cabeza

rodaba por el tablado.
La multitud se retira
llorosa y con lento paso
y el patíbulo ya solo
infunde terror al ánimo.
Aquel cuyo sueño, fieles
ántes guardaban soldados,
no tiene más centinela
que su fiel perro Melampo.
Echado está junto al cuerpo
del hombre que fué su amo,
y en lastimeros ahullidos
su dolor está anunciando.
Ya el mutilado cadáver
se llevan al campo santo:
nadie el féretro acompaña,
porque es de un infame ahorcado.
Un brutal sepulturero,
maldiciendo aquel trabajo,
le cubre de dura tierra
que nadie riega con llanto;
Pero échase en ella triste
el noble perro Melampo,
que vino hasta el cementerio

con los restos de su amo.
Sobre ellos, cual si quisiera
con su calor animarlos
ó escribir sobre la fosa
un cariñoso epitafio,
permaneció muchos días;
hasta que al fin le encontraron
muerto tambien, con asombro
de los que vieron el caso:
que en afrenta de los hombres
olvidadizos é ingratos,
de amor y lealtad los perros
ofrecen ejemplos magnos.

. . . . . .

¿Y aun habrá quien los maltrate?
Y habrá niños depravados
que al fiel amigo del hombre
por placer le tiren cantos?

RECETA CONTRA LAS CORRIDAS DE TOROS.

En una de las ciudades de Andalucía, cuyo nombre, aunque ilustre por muchos títulos, condenaremos al olvido en castigo de su lamentable aficion á las corridas de toros, ocurrió, al verificarse una de éstas no ha mucho tiempo, el suceso más peregrino de que hay memoria, y cuyo verídico relato hicieron al otro día los periódicos de la localidad y copió luego la prensa toda, así nacional como extranjera. El hecho fué el siguiente:

Impetuoso y jugueton, por figurarse sin duda que recobraba la libertad perdida, saltó á la arena el primer toro, llamado Caramelo; mas, al oir el estruendoso grito de

júbilo con que fué saludada su aparicion, quedóse un momento parado y atónito: irguió la cabeza, fijando su escrutadora y audaz mirada en el hirviente mar de cabezas que henchían el anfiteatro, como preguntándose si aquella multitud de séres racionales se había congregado tan sólo para contemplarle á él, pobre cuadrúpedo; mas, desechando tal idea por arrogante y vanidosa y obedeciendo á su instinto, dió una vuelta alrededor de la plaza en busca de salida que le permitiera volver á la natal pradera, cubierta de sabrosa grama y regada por mansos arroyuelos.

No encontró franca ninguna puerta; y como el forastero que, viéndose perdido en el centro de populosa ciudad, se dirige al transeunte próximo, á fin de que le guíe, el pobre Caramelo fijó la vista en un infeliz caballo que cerca de él estaba, y cuyo flaco lomo oprimía forzudo ginete, que agitaba en su diestro brazo una larga y acerada garrocha. Todos los espectadores, al ver á la fiera encararse con el picador, se levan-

taron de sus asientos para no perder la más ligera circunstancia de la embestida y contemplar las entrañas palpitantes del mísero rocin izadas como triunfal bandera en las astas del cornúpeto. Este, sin embargo, se acercó lentamente y sin aire de hostilidad hacia el generoso bruto; y cuando la multitud, ebria de entusiasmo, aguardaba el instante de la horrenda acometida, notó que toro y caballo hablaban; mas no en el lenguaje de mugidos y relinchos, sinó en verdaderas palabras del diccionario español. Reinó en la plaza inmediatamente un silencio sepulcral, y todo el mundo escuchó este diálogo que sostuvieron, como si hubieran sido personas, entrambos animales.

—¡Válgame Dios!—exclamó el toro—¿No eres tú Bucéfalo, aquel viejo troton que todos los días pasaba por mi dehesa llevando al molino próximo sendos costales de trigo?

—El mismo soy:—respondió melancólicamente el interpelado—conocí mucho á tus padres, y tú, desde que eras becerrillo, me inspiraste singular afecto. ¡Ay de mí!

¿Quién había de decirme que eras tú, amígo Caramelo, el destinado á darme horrible muerte?

—¿Qué estás diciendo? ¿Yo darte muerte?

—¡Ay desgraciado! ¿No sabes que te han traido á este lugar para que diviertas á todo un pueblo, arrancando la vida con tus duras astas á varios de mis semejantes y perdiéndola tú despues á mano de uno de esos hombres que te sortean con sus capas?

—Sin duda te chanceas, querido Bucéfalo; pues ¿cómo he de creer yo que los hombres, séres racionales, formados á imágen y semejanza de Dios, se diviertan y regocijen atormentando á pobres animales que ningun daño les han hecho y que pueden serles de grande utilidad? Pero si es como tú aseguras, consistirá en que los más perversos y malvados de la especie humana se habrán reunido aquí, sin que lo sepan los buenos; ten por cierto, que si las autoridades lo supieran, no consentirían un espectáculo tan indigno del sér que más se acerca á la naturaleza divina.

—Bien discurres, infeliz; pero has de saber que este espectáculo, objeto de tan dura calificacion por tu parte, es una fiesta nacional en España, está reglamentada por las leyes y allí tienes en aquel palco al representante de la autoridad, que viene á presidir la funcion para que en ella reine el órden más perfecto y se observen todas las condiciones de la lidia. Y no solamente los funcionarios públicos solemnizan con su presencia tal diversion, sinó que tambien acude á hermosearla el bello sexo. Mira cuantas bondadosas madres, tímidas doncellas y ancianas devotas, que se desmayan de ver un raton, están ahí oyendo palabras soeces, ávidas de aspirar los vapores de nuestra sangre y de asistir, con la sonrisa en los labios, á las convulsiones de nuestra agonía.

—Mucho me entristece el oirte; pero dime, ¿cómo sabes tú todas esas cosas?

—Porque ya he sido actor de estas escenas trágicas: en la corrida verificada aquí mismo hace quince días, un semejante tuyo

me hirió tan gravemente, que me dejaron por muerto; despues fuí curado con gran solicitud, no por natural compasion, sinó por vil interés, para utilizar nuevamente mis servicios, como lo estás viendo.

—Y no reportaría mayores ventajas tu amo aplicándote á faenas agrícolas que trayéndote á morir en este redondel? Comprendo que á los de mi raza se les inmole, porque nuestra carne sirve de sano alimento á la especie humana; pero mataros á vosotros, que despues de muertos á nadie aprovechais, miéntras que vivos sois tan útiles al hombre, es cosa que no se concibe.

—Yo no sirvo ya para el trabajo: las enfermedades que consigo traen los años, las heridas, bien gloriosas por cierto, que traje de Africa y el haber quedado cojo por efecto de una caida, son causas más que suficientes para que mi último amo, el molinero, me haya vendido á uno de esos hombres que contratan caballos para las plazas de toros.

—¿Es decir que el hombre premia los

servicios del animal que se los presta con mayor abnegacion y desinterés, mandándole á morir en las astas de un toro, cuando se ha inutilizado para el servicio? Eso no lo hará más que algun infame; porque yo he oido decir que muchos caballos han recibido de sus dueños, aun siendo estos príncipes y reyes, grandes pruebas de afecto en justa correspondencia y digno galardon de la fidelidad é inteligencia con que les prestaron servicio.

—Así es en efecto, y cabalmente se llamaba como yo el famoso corcel de Alejandro Magno, que habiendo salvado á este la vida en más de una ocasion, fué llorado amargamente cuando murió por su ilustre dueño, el cual puso el nombre de Bucéfalo á una de las varias ciudades que fundó en el Oriente. Sabido es tambien que el emperador Calígula, profesaba tal cariño á su caballo Incitato, que le nombró cónsul; y nadie ignora que Babieca, el célebre troton del Cid, mereció ser enterrado en un lugar próximo á la tumba del héroe caste-

llano en recompensa de sus buenos servicios.

—Si tú los hubieras prestado en la guerra, sin duda hubieras sido más estimado.

—Tambien he derramado mi sangre en los campos de batalla. Aun no había pastado la hierba de cinco otoños en el nativo prado, cuando fuí conducido á los hípicos dormitorios de un cuartel; y no bien aprendí la instruccion, fuí con mi regimiento á la guerra de África; y en la accion de los Castillejos salvé la vida á mi ginete, cubriéndole con mi cuerpo acribillado de heridas. Mi amo recibió un ascenso en su carrera; pero yo, habiendo quedado inútil para el servicio militar, fuí vendido en un precio ínfimo al molinero en cuyo poder me conociste, y que tambien me ha desechado ya por viejo y achacoso. Así la patria, cuya bandera he defendido, me deja conducir á este lugar, donde las honrosas cicatrices que ostenta mi pecho puedan indicar á tus astas el camino del corazon.

—¿Y si yo, ménos cruel que los hombres,

me negara á dar el sangriento espectáculo que se me pide? Acaso entónces mi conducta despertará en las almas nobles el dormido sentimiento de la compasion y se nos dejará en libertad de volver á nuestros campos.

—Para que veas cuanto te equivocas, repara en esos hombres que vienen hacia tí con banderillas de fuego: van á herir y abrasar tus carnes, porque eres generoso conmigo, tardando en darme muerte.

—¡De modo que aquí se castiga la bondad y se escita al crímen! Entónces la moral humana es inferior á la de los animales; puesto que yo he querido mostrarme generoso y pacífico, y se me violenta para que desarrolle instintos de ferocidad. Perdóname, Bucéfalo, si te arranco la existencia: ya ves que me acosan y enfurecen para que apague en tu sangre el fuego que encienden en mis venas: yo protesto contra la barbarie de los hombres; y si alguno de ellos perece en mis astas, que no me culpe de su muerte: Dios es testigo de mis intenciones:

yo hubiera querido ser un animal pacífico, dócil al yugo de la labranza, y ellos me han convertido en fiera... Sea, pues, y caiga sobre ellos la sangre que yo derrame.

Dijo... y lanzándose sobre el flaco Bucéfalo, partióle el corazon de una cornada: cayó al suelo el picador y sobre él pasó la fiera, dejándole horriblemente magullado: hizo lo mismo con el otro, y en un momento se vió la plaza sin caballos ni ginetes, miéntras la concurrencia toda aplaudía con frenético entusiasmo la bravura del toro. El primer banderillero que acudió á desempeñar su arriesgado papel, fué levantado y recogido tres veces por el furioso animal, que al fin le dejó muerto entre hipócritas gritos de terror. Llenáronse de él los otros compañeros: y pálido y descompuesto se adelantó el espada á dar muerte á Caramelo; pero este, lanzándose á la carrera sobre su enemigo, le alcanzó al saltar la barrera, atravesándole el pecho y dejándole cadáver en el acto. El redondel quedó desierto y la admiracion del público rayó en delirio: trémulos y ja-

deantes los espectadores, clamaban en roncos gritos para que se conservara la vida á Caramelo en justo galardon de sus hazañas. La autoridad accedió á tan legítimos deseos, y el feroz cornúpeto volvió á la ganadería, donde refirió el suceso á sus compañeros, diciéndoles por fin:

—Si alguna vez os veis en caso semejante, haced lo que yo y tendreis igual fortuna: no dejeis un solo individuo de la cuadrilla torera; saltad luego á los tendidos; convertid la plaza en un cementerio; y pues los hombres son tan bárbaros que nos perdonan la vida cuando sembramos de cadáveres la arena, no dejemos vivo á ningun torero ni á ningun espectador. ¡Acaso este sea el único medio de acabar con las corridas de toros!

EL ANIMAL INMUNDO.

Córdoba está sitiada
por San Fernando,
con poderoso ejército
de castellanos,
que todos juran
arrancar de sus torres
la Media Luna.

—

En la ciudad habitan
Moros, Judios,
Muzárabes que siguen
la ley de Cristo:
aquellos tiemblan;
y estos, la Cruz mirando,
su gozo muestran.

—

Apuradas al cabo
las provisiones,
aparece ya el hambre
con sus horrores;
y ya las gentes
devoran inmundicias
con gran deleite.

—

Sólo queda abundante
carne de cerdo,
que comen los Muzárabes
con gran contento:
así están gordos,
miéntras que desfallecen
los pobres moros;

—

Porque á los mahometanos
y á los judios,
su religion les veda
comer tocino:
y triste ayuno
prefieren á la carne
del cerdo inmundo.

—

Los ménos timoratos
al fin claudican,
y prueban los jamones
y las morcillas.
—¡Oh! quien creyera
que del puerco saliesen
cosas tan buenas!—

—

Así todos exclaman
con entusiasmo,
y algunos se disponen
á ser cristianos;
y al ver un cerdo,
le hacan muchas zalemas
con gran respeto.

—

Dícenle—Dios te guarde,
animalito;
pues no tiene tu cuerpo
ni un desperdicio:
rabie Mahoma,
y no impida á los suyos
que cerdo coman.—

—

La ciudad ya se rinde
á San Fernando,
pero no salen de ella
los que así hablaron;
pues el bautismo
les hizo confesores
de Jesucristo.

—

Esto enseñarnos debe,
que vale mucho
el animal que un tiempo
se llamó inmundo.
Es un tesoro;
pues aprovecha el hombre
su cuerpo todo.

LA GRAN HILANDERA.

Un rico hacendado de la isla de Cuba, se hallaba en su gabinete distraido en ver desvanecerse las espirales que formaba el humo de su cigarro, miéntras limpiaba la sala contigua un negro esclavo, que á media voz lanzaba imprecaciones contra una pobre araña que se había permitido tejer su tela en un ángulo de la habitacion y cerca del techo. Era este bastante alto, de modo que el negro tuvo que subirse en una mesa para alcanzar la telaraña: y en tanto que llevaba á cabo esta operacion, decía, hablando consigo mismo:

—¡Maldito insecto, que trabaja sin cesar para ensuciarme las habitaciones! Todos

los animalitos sirven para algo: unos producen manjares exquisitos, otros cubren la desnudez de nuestro cuerpo, ó toman á cargo la parte más ruda de nuestras faenas, ó deleitan la vista y el oido; pero la vil araña, ni atrae por la belleza, ni seduce por el canto, ni da utilidad con sus obras.

Pronunció el buen doméstico con tal vehemencia este discurso de oposicion á los actos del tejedor insecto y dirigióle golpe tan rudo con una caña, que, perdiendo el equilibrio, cayó de la mesa sobre un espejo que estaba en una silla aguardando turno de limpieza. Rompióse en mil pedazos el cristal, infiriendo al pobre negro varias heridas en una mano, aunque no era esto seguramente lo que él sentía más; sinó la reprension ó el castigo que pudiera darle su amo. Acudió este al estrépito, y sin cuidarse del espejo roto, cogió la telaraña que había dejado caer el negro y se la puso á este en el dedo que presentaba más grave cortadura, diciéndole al mismo tiempo:

—Ya ves como sirve para algo el produc-

to textil que fabrica en los rincones ese humilde insecto, tan maldecido por tí hace poco. Tú querías darle muerte y él en cambio te suministra un vendaje que pronto curará tu herida.

—¡Ah señor!—exclamó ingenuamente el esclavo—no volveré á quitar ninguna telaraña.

—¡Hombre! yo no te digo tanto:—replicó el dueño—la limpieza exige quitar de nuestras habitaciones los admirables talleres en que trabajan las arañas: lo que únicamente deseo es, que no tengas tan mala voluntad á estos desdichados insectos, cuya suerte acaso guarda mucho parecido con la tuya. Ellos son tambien pobres esclavos, que trabajan sin tener descanso ni aguardar la recompensa. Es cierto que tambien otros animales trabajan para el hombre; pero este les significa su agradecimiento de algun modo. La pobre araña tiene que esconderse á hacer su labor en sitios lóbregos é inmundos; porque si el hombre la descubre, recibe la muerte como

premio de su afanosa actividad.

—¡Oh señor! yo no soy desgraciado, porque V. no me maltrata ni exige de mí un trabajo brutal: desgraciados son mis compañeros, los que están en los ingenios bajo el látigo de un capataz; pero la araña que no tiene capataz, ¿por qué no deja nunca su labor?

—Para explicar ese triste enigma de su destino, inventó la poética imaginacion de los griegos una bella fábula. Supuso que una mujer, llamada Aracne, y esposa de Colofon, natural de la Lidia, se jactaba de ser la más famosa hilandera de su tiempo; y debo advertirte que entónces todas las mujeres, pobres ó ricas, tenian por ocupacion honrosa la de hilar; y hasta las reinas llevaban en vez de cetro una rueca, como glorioso atributo de su sexo. La habilidad de Aracne en el manejo de este utensilio era tan grande, que despertó la envidia de Minerva, la cual quiso celebrar un público certámen con la célebre hilandera, siendo vencida por esta; pero la diosa

tomó venganza de este desaire, transformando á su rival en *Araña*, nombre que no es otro que el griego Aracne modificado. Este desdichado insecto se halla, pues, condenado eternamente á no descansar en la tarea que trae á su memoria la ocasion de su infortunio.

Desde que supo tal historia el pobre negro, trocó en lástima y simpatía la profunda aversion que ántes le inspiraron las arañas. ¿Y en qué alma tierna no ha de despertar un sentimiento de compasion la suerte del triste insecto que trabaja incesantemente, sin recompensa ni salario, en lugares sucios y hediondos? ¿Quién no ve la profunda analogía que hay entre el oscuro destino de tal insecto y la horrible situacion de algunas clases trabajadoras? El infeliz obrero que, abriendo las profundas galerías de una mina, se entierra en su propia obra; el que desciende á un pozo de aguas sucias y muere de asfixia; el que se envenena paulatinamente con las emanaciones de las sustancias nocivas que ma-

neja; el que en lóbrego aposento de viciada atmósfera se prepara un lento suicidio; y tantos otros cuya vida está consagrada á los oficios más enojosos y repugnantes, y cuya muerte pasa desapercibida para todo el mundo, ¿no son tambien arañas sociales, cuyo infortunio debe movernos á conmiseracion?

Pues siempre que veais uno de aquellos insectos, acordaos de estos oscuros mártires del trabajo.

EL CORRAL Y LA PALESTRA.

Enmedio del corral, y más erguido
que la temprana flor sobre su tallo,
de jactanciosa vanidad henchido,
siempre se ostenta el pendenciero gallo.

—

Esclavas de su haren son las gallinas
que humildes se disputan sus favores:
nadie dicta á su amor trabas mezquinas;
su vida es ocio, libertad, amores.

—

Presta al hombre con gusto algun servicio;
pues las horas anuncia cuando canta,
y al ver la aurora, pone en ejercicio
el bélico clarin de su garganta.

—

Pero el hombre, sacrílego, que altera
las obras del Creador con torpe mano,
de un ave de corral hace una fiera,
y del estiércol vil, circo romano.

—

Ya sale el gladiador: ¡con qué coraje
resuena de sus piés el duro acero!
¿Quién puede conocer en ese traje
al antiguo sultan del gallinero?

—

Salve, gallo marcial, eres muy diestro;
has hecho á tu enemigo mil pedazos:
conozco que del hombre, tu maestro,
aprendiste á reñir á navajazos.

—

Esa brutal costumbre es un insulto
lanzado á un siglo que moral pregona,
y no puede llamarse pueblo culto
el que tal espectáculo sanciona.

El Regalo de un Insecto.

Allá en la infancia de la sociedad, cuando la tribu nómada dirigida por el patriarca habitaba en tiendas portátiles ó en miserables chozas, hallábase á la entrada de una de éstas, á la hora del crespúsculo vespertino, una jóven de incomparable belleza, hilando en tosca rueca la blanca lana de sus corderos, para tejer más tarde su propio vestido y el de toda su familia.

Constituían esta, además de la hermosa doncella, su anciano padre, que en aquel momento apacentaba su rebaño, y dos niños de corta edad que jugueteaban á la puerta del humilde albergue, bajo la protectora sonrisa de su hermana. Uno de ellos se

había sentado á la sombra de una copuda morera, que con otros árboles tendía sus ramas sobre un pozo abierto junto á la choza, para abrevar el ganado. La inocente criatura vió sobre una hoja, caida de la morera, un gusano que hubo de infundirle miedo, revelado en una exclamacion de vehemente angustia. Acudió el otro hermano, que era mayor, y riéndose del pequeñuelo, tomó del suelo una piedra y se dirigió en actitud hóstil hacia el diminuto insecto.

—¿Qué vas á hacer?—le preguntó su cariñosa hermana.

—A matar esta oruga: mira que fea es—respondió el interpelado.

Acercóse la jóven al lugar donde estaba la víctima destinada al sacrificio, y exclamó:

—¡Pobre animalito! no le quites la vida; parece inofensivo y no debemos matarle, que tambien es criatura de Dios.

—Si sirviera para algo como las ovejas—repuso el muchacho—estaría bien que no

le matáramos; pero un gusarapo tan feo, ¿para qué ha de servir?

—Aunque fuera inútil—replicó la doncella—no tendríamos derecho á privarle de la existencia, que le ha sido dada por el Señor; pero además, no sabemos si puede prestar algun servicio al hombre.

La bondadosa jóven, que con tales palabras deshizo los propósitos agresivos de su hermano, tuvo aquella noche un extraño sueño: vió al gusano, cuya existencia salvó, acercarse á su oido: ella hizo un movimiento de repulsion; pero el insecto le dijo:

—No tengas miedo de mí: vengo á darte las gracias por haberme librado de una muerte segura. En pago de tu buena accion, quiero anunciarte que estoy preparándote un regalo digno de tí: es un vestido de tan rara tela, que ninguna otra mujer le tendrá igual: tú serás la primera en lucirle y tu natural belleza se verá realzada por el mérito del traje.

—¿Pues de qué será ese traje?—exclamó

llena de alegría la venturosa doncella; y dando rienda suelta á su curiosidad, continuó preguntando;—¿Y cuando me le traerás? ¿Y cómo tú, tan pequeño vas á traer un vestido tan grande?

—Vamos despacio;—dijo sonriéndose la oruga—yo no podré confeccionarte esa prenda; lo que yo te prometo es la tela para que tú hagas el vestido. Escucha bien lo que voy á encargarte. Cuando pasen unos días, recorrerás el bosque de moreras que hay enfrente de esta choza y encontrarás en él multitud de capullos dorados, cuyos filamentos hilarás como haces con la lana de las ovejas: tejerás las hebras que te resulten y habrás formado la tela que te prometo.

—¡Oh! no se me olvidará nada—dijo la jóven—¿pero tú, que sabes tales cosas, no eres más que un insecto?

—Nada más—contestó el interpelado—soy *el gusano de seda:* de seda será el vestido que pienso regalarte: yo formo aquel capullo de que te hablé ántes. Adios, pues,

que me voy á trabajar.

—Mañana volveré á verte—replicó la doncella con tierna espresion de gratitud. —¿Estarás donde hoy te encontraron mis hermanos?

—Aunque yo esté en aquel sitio, mañana ya no verás allí el insecto que ahora miras.

—No te comprendo—repuso con asombro la interlocutora.—¿Es que no volveré á verte?

—Sí, apareceré á tu vista nuevamente; pero ya no seré larva.

—¡Dios mio! ¿qué dices? ¡cómo puede ser eso?—gritó la pobre niña; y al esfuerzo que hizo, despertó y se quedó muy triste pensando que todo había sido un hermoso sueño. No obstante, quiso seguir con puntualidad las instrucciones de la oruga; y al cabo de algunos días, halló el bosque de las moreras inundado de capullos; hizo con ellos y su producto las operaciones indicadas, y por fin llegó el momento dichoso de abandonar la túnica de lana, para sustituirla con un vestido de crujiente seda.

La hermosa jóven estaba loca de júbilo al estrenar su gala: mirábanla con envidia las otras mujeres de la tribu, y los mancebos se disputaban su mano. El patriarca la solicitó para el mayor de sus hijos, y cesaron en sus pretensiones los demás.

Celebráronse las bodas con gran fiesta: los parientes y amigos de los desposados se reunieron á comer en la tienda del patriarca; y cuando todos estaban ya sentados á la mesa, vieron una mariposa que en rápido vuelo cruzó por delante de los convidados, como pasándoles revista, y fué á ponerse graciosamente en el hombro de la desposada, á la cual dijo en voz alta, que oyeron todos los circunstantes:

—Hola, amiguita; ¿no me conoces? No es extraño: tú y yo hemos cambiado mucho desde la última vez que nos vimos; grosera túnica de lana era entónces tu vestido y ahora luces riquísimo traje de seda. ¿Te has olvidado ya de la pobre oruga que te hizo ese regalo?

—¡Oh! nunca se borrará su imágen de

mi memoria:—repuso con viveza la jóven: —me prometió volver á verme.

—Y vengo á cumplir mi palabra:—dijo la mariposa;—yo soy aquel insecto. ¿Lo dudas porque me ves ataviada con manto de terciopelo? Era natural que, viniendo á una boda en que ostenta la desposada fastuoso ropaje de seda, trajera yo tambien algunas galas. ¿No te hubiese dado asco de verme en tal sitio y ocasion bajo la forma de gusano, arrastrando pesadamente sobre el suelo los anillos de mi tubo intestinal?

—¿Pero cuándo y cómo te has convertido en mariposa?—preguntó llena de curiosidad la recien casada.

—Me he muerto y he resucitado:—contestó la interpelada:—cada uno de los capullos que tú convertiste en hebras de seda, era la tumba de un gusano; pero esos no resucitarán, porque tú has aventado sus cenizas. Yo puse mi sepulcro léjos de tu mano y he conseguido la transformacion gloriosa que contemplas: te doy

la enhorabuena por tu enlace y voy al campo á nadar en luz y posar en el cáliz de las flores: estoy ufana de mi nueva vida y quiero embriagarme con el placer de volar, ya que tanto tiempo me ví pegada al suelo.

—¡Oh bella mariposa!—exclamó entónces el patriarca:—tú has regalado á mi hija el vestido de seda que habrá de proporcionarte la eterna gratitud de las mujeres; pero á mí acabas de hacerme un dón más alto, al que nunca se mostrará bastante agradecida la especie humana. Tú me has revelado la inmortalidad de mi espíritu: el hombre en esta vida terrena es el gusano miserable que se arrastra por el lodo de la materia: la muerte no aniquila, transfigura: el cuerpo queda en la fosa, como la larva en el capullo; pero el alma vuela como ligera mariposa, por las regiones desconocidas de una existencia ulterior. ¡Oh! no lo dudeis! Dios que ha concedido tan espléndida memórfosis al gusano inmundo, ¿podría negarla al hom-

bre, rey de la creacion, conciencia de la naturaleza, hecho á imágen y semejanza de su Autor, y en cuya frente, relampaguea la electricidad de la razon, destello de la luz divina?

EL RIGOR DE LAS INJURIAS.

De ser injusto el hombre no se cansa:
pasan unas tras otras las centurias,
y van amontonando sus injurias
contra una bestia servicial y mansa.

—

Es el asno: ¡hasta risa da su nombre,
cuando no es un insulto, un anatema,
apóstrofe brutal, signo y emblema
de la mayor estupidez del hombre!

—

Trabajador y sobrio, comió el cardo
que senda vírgen le ofreció abundante,
miéntras gozoso transportaba el fardo
de la familia patriarcal errante.

—

Ingrato es quien el mérito no aprecie
de ese esclavo paciente y generoso,
que del trabajo duro y más penoso
con el suyo redime á nuestra especie.

—

Ni con aire marcial iergue su frente
al ronco son de la guerrera trompa,
ni al fausto regio y cortesana pompa
grande atraccion, como el caballo, siente.

—

Se presta dócil á cualquier servicio
sin envidiar el ocio y el regalo,
y el hombre le demuestra con el palo
que agradece el constante beneficio.

—

Obrero que trabajas sin salario,
siendo un poema de dolor tu vida,
¿quién ha honrado tu raza escarnecida?
Sólo el divino mártir del Calvario.

—

El que al soberbio y poderoso humilla
y al humilde da honor y le levanta,
en triunfo recorrió la Ciudad santa,
no en brioso corcel, en una asnilla.

—

Hombres que alzais á Jesucristo un templo
en vuestro corazon, segun discurro,
vedle mostrando amor al pobre burro;
y, pues cristianos sois, seguid su ejemplo.

El Tesoro de América.

A fines del año 1584 hallábase la capital de Inglaterra poseída del mayor entusiasmo. Acababa de regresar á Lóndres el célebre Walter Raleig, descubridor de aquella region de América que lleva el nombre de Virginia, por habérsele dado Raleig en honor de Isabel I la Grande, que entónces regía los destinos del pueblo ingles, y á quien éste llamaba la *Reina Vírgen,* á causa de haber permanecido soltera toda su vida. Aunque los días de su reinado se contaban por triunfos militares y adquisiciones de territorios, produjo extraordinario regocijo la noticia de que ya la nacion británica, reina de los mares y ému-

la de España que había encontrado un Nuevo Continente, poseía tambien en suelo americano extensos paises, no visitados aún por los hijos de Castilla.

Todos se daban plácemes y albricias por tal suceso; y como el mundo trasatlántico era el pais del oro, el pueblo aguardaba con impaciencia el dia en que Raleig presentase á la Córte los tesoros que sin duda traería de la colonia fundada por él; y los que presumían de bien enterados, aseguraban que, entre los presentes destinados á la Reina, venía un gran cajon, lleno de pepitas de oro nativo.

Llegó por fin el anhelado instante: Isabel apercibió su córte para recibir al descubridor de la Virginia con tanta solemnidad, como su homónima de Castilla para escuchar de labios de Colon el relato de su primer viaje. Hizo la narracion del suyo Walter Raleig y fué luego presentando los diversos objetos que traía. Abrió por último el cajon que encerraba, segun pública voz, en cantidad enorme, el más precioso de los

metales; todos los cortesanos abrieron desmesuradamente los ojos para contemplar aquel tesoro; pero... ¡qué decepcion tan amarga! ¡qué desencanto tan grande! Lo que apareció en manos de Raleig fué un miserable producto vegetal, unos tubérculos negruzcos y terrosos, que él sin embargo ofreció á la Reina, diciendo que aquel fruto constituía un obsequio de más valor que si fuera de oro macizo.

—¿Pues acaso—dijo la Reina con tono de incredulidad—habeis hallado en esa tierra de occidente las manzanas de oro que había, segun la Fábula, en el jardin de las Hespérides?

—Señora,—replicó con solemne acento el interpelado—he tenido mayor fortuna; he hallado la *patata:* este es el nombre del fruto que tengo el honor de presentaros en la seguridad de que, procurando su aclimatacion y desarrollo, hareis á vuestro pueblo y á la Europa entera el más grande beneficio. La patata es una sustancia tan cargada de fécula, que puede sustituir al pan:

su cultivo no exije grandes cuidados ni dispendios; se produce en casi todos los terrenos y se propaga con asombrosa facilidad, siendo, en mi concepto, una planta que Dios nos envía para redimir del hambre á las clases pobres. ¡Oh Señora! dispensad vuestra generosa proteccion al humilde vegetal americano, y tened por cierto que la posteridad bendecirá vuestro nombre.

Animada por esta deprecacion Isabel de Inglaterra, cuidó con solícito interes de que se extendiera por todo su reino el cultivo de la nueva planta. Lo propio hicieron otros soberanos de las demás naciones europeas, distinguiéndose Luis XIV de Francia, que llevaba frecuentemente en el ojal de su casaca las hojas del tubérculo farináceo, imponía severas penas á los que destruyeran el precioso vegetal y fomentaba su propagacion por cuantos medios estaban á su alcance.

Merced á tales esfuerzos, hoy el suelo de Europa y otras regiones del antiguo con-

tinente se halla henchido de esos tubérculos que constituyen el principal alimento de las clases pobres, y son tambien un precioso elemento del arte culinario, que hace alarde de habilidad dando á la patata usos y aplicaciones de exquisito gusto y de inagotable variedad.

De esta suerte el Nuevo Mundo ha pagado el beneficio de su civilizacion, que debe á la Europa, brindando á esta parte del Mundo con el rico dón de la patata, verdadero *tesoro de América.*

LA MOMIA EGIPCIA.

En honor de las artes, digno templo
alza la hermosa capital de Francia;
y en él, bajo un fanal, hay una momia,
en egipcio sarcófago encontrada.

—

Es casi imperceptible, y nada tiene
de parecido á la figura humana;
pero digo que es momia, porque lleva
cuarenta siglos en la tumba helada.

—

Aunque ya de carbon semeja un grano,
fué en otro tiempo vegetal sustancia;
fué rubio grano del hermoso trigo
que el fértil suelo del Egipto daba.

—

Pero ¿cómo el palacio de las artes
esa semilla cereal profana?
¿Qué tiene ella que ver con esos cuadros
y esa divina procesion de estatuas?

—

¡Ah! sin el trigo bienhechor, el hombre
nunca del arte á la mansion llegara;
salvage eterno, por el hambre herido,
corriera sin cesar tras de la caza.

—

A redimirnos de tan triste suerte
bajó del cielo el gérmen de esa planta,
que, asegurando al cuerpo su alimento,
asegura tambien el pan del alma.

—

Por el menudo grano que esa espiga
en celdas de oro cuidadosa guarda,
de la razon el faro se ilumina
y el genio tiende sus divinas alas.

—

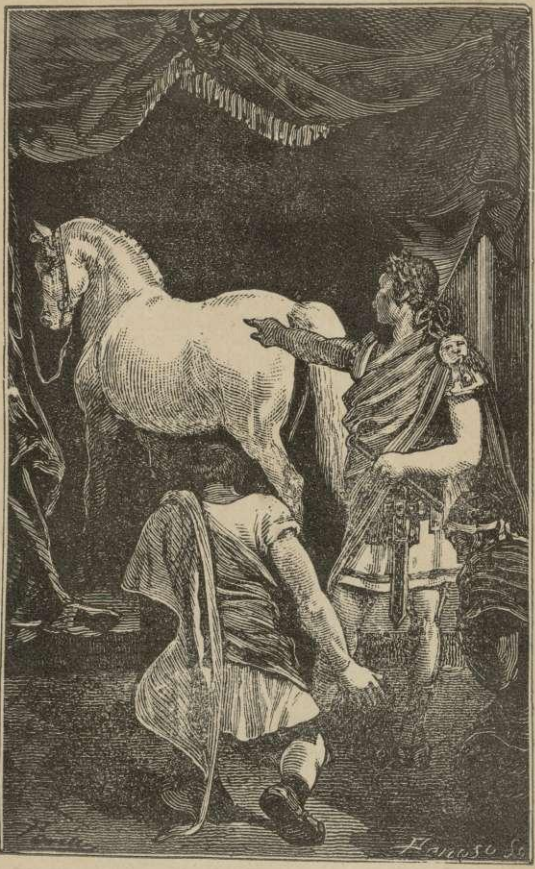
Por él nos han legado en testamento
ideales Platon, Fidias estatuas,
epopeyas Homero, glorias César,
vírgenes Rafael, Calderon dramas.

—

El pan es el manjar con que comulgan
las naciones que son civilizadas:
decid que ha principiado la barbarie
donde ya no encontreis esa vianda.

—

¡Oh! nunca la gusteis sin acordaros
del pobre labrador, que el surco traza
y en él entierra la vital semilla,
despues que en su sudor está bañada.



EL CONSUL INCITATO.

EL CÓNSUL INCITATO.

El emperador Calígula, aquel monstruo de crueldad y demencia que, en su furor de exterminio, deseaba que el género humano tuviese una sola garganta para cortarla tambien de un solo golpe, sentía por los animales un cariño tan grande como el odio que profesaba á la Humanidad. Amaba sobre todo á su viejo caballo Incitato, y se esforzaba en recompensarle con demostraciones del más vivo afecto los buenos servicios que el generoso corcel había prestado; pues Calígula desde muy niño había acompañado siempre á su padre, el valeroso Germánico, en sus difíciles guerras, y en una de éstas, el inteligente cuadrúpedo salvó la vi-

da á su ginete, cubriéndole con su cuerpo acribillado de heridas.

Cada vez que el Emperador evocaba este recuerdo, sentía correr las lágrimas de sus ojos á impulsos de laudable gratitud; pero llevando este sentimiento hasta los límites de la extravagancia y la locura, un día nombró cónsul á su querido Incitato, diciendo que bien merecía los honores de aquella magistratura quien había librado de la muerte al César. Y Roma vió sus gloriosas haces consulares en el lomo de un paquidermo, instalado en el mejor aposento del alcázar imperial y servido por los altos funcionarios de la córte: el Senado, aquel Senado que en los tiempos de la República había parecido una asamblea de reyes y á cuya puerta se sentaron humildemente los Tribunos de la plebe, tuvo que pasar por la vergüenza de ofrecer sus respetos á la bestia de carga constituida en autoridad.

Uno de los senadores, designado por sus colegas, dirigió la palabra al César, felicitándole en su largo discurso por haber he-

cho á favor de Incitato la eleccion de cónsul.

—¡Oh glorioso Calígula!—dijo aquel miserable adulador:—con ese nombramiento das al mundo una gran leccion que alabará la Historia: tú nos enseñas con tan alto ejemplo á ser agradecidos y á galardonar dignamente las buenas obras: tú nos anuncias que ha llegado la hora de que la Humanidad corresponda con actos de proteccion y simpatía al amor inmenso y á la sublime abnegacion con que los séres inferiores sirven al rey de la Naturaleza. Si tan provechosa enseñanza cayese en olvido; si las generaciones futuras han de ser eternamente ingratas con el generoso bruto que ayuda al hombre en la guerra; si el caballo ha de ver siempre recompensados sus sacrificios con tratamientos brutales ó con una muerte impía, cuando se inutiliza para el trabajo, avergüéncense los pueblos que tal hagan y sírvales de castigo el recuerdo de tu noble proceder. El nombre de Incitato surgirá de su conciencia como anatema de su con-

ducta y grito del remordimiento.

Agradó mucho á Calígula esta arenga: su autor fué objeto de calurosos plácemes y felicitaciones, interrumpidas por una irreverente carcajada. Volviéronse todos hacia el lado de la estancia de donde había salido: la guardia pretoriana se lanzó sobre el insolente, que era uno de los reos condenados á morir aquel mismo día y traidos á la presencia del nuevo cónsul y del César para que dirigiesen á éste la acostumbrada salutacion.

Hubiera perecido á manos de los soldados, si Calígula no hubiese intervenido, preguntando al reo la causa de su descortesía.

—¡Oh César!—dijo el interpelado:—como yo nada tengo que temer, pues voy á perder la vida dentro de pocos momentos, puedo reirme de tus viles cortesanos que saben convertir en motivo de alabanza un hecho que hoy cubre de oprobio á Roma y será escándalo del mundo entero. La Humanidad está ya bajo el nivel de los brutos, pues consiente y aplaude que un cuadrúpedo haga

veces de persona y deje su nombre en nuestros gloriosos anales al lado de aquellos ilustres patricios que conquistaron el Orbe con sus armas y le dieron leyes tan sabias como justas. ¡Oh vergüenza! si yo no estuviera ya condenado al suplicio, me quitaría voluntariamente la vida por no ver un espectáculo tan indigno y asqueroso.

Todos los circunstantes estaban admirados de que el Emperador no mandara arrancar la lengua al atrevido que en tales términos se expresaba; y creció el asombro cuando vieron que el divino César llevaba su magnanimidad hasta el extremo de ponerse á discutir con el reo, diciéndole:

—¿Olvidas lo que ha dicho el ilustre senador que ántes usó de la palabra? El recompensar espléndidamente los servicios de los animales útiles al hombre, más es digno de loa que de vituperio.

—¡Oh poderoso César!—replicó el audaz interlocutor:—las nubes de la lisonja en que tus serviles aduladores envuelven sus palabras, no te dejan ver clara la verdad. Es

justo y laudable dispensar cariño y proteccion á los séres inferiores y muy particularmente á los que se muestran amigos del hombre; pero hacerles objeto de honores, obsequios y cuidados que sólo son debidos á la personalidad humana, es una insensatez tan criminal como ridícula. Quien maltrata á los animales, revela un corazon infame ó pervertido; pero quien profesa á los brutos un amor desmedido, dispensándoles más atenciones y mayor solicitud acaso que á su prójimo, se pone voluntariamente al nivel de los irracionales. Tú, César, quieres mucho á tu caballo: le rodeas de comodidades, fausto y pompa; sentirás mucho sus dolencias y sin duda llorarás su muerte; y al mismo tiempo derramas á torrentes por pura complacencia la sangre de tus semejantes.

—¡Basta ya!—gritó Calígula montando en cólera:—llevadle, soldados; y ántes de darle muerte, arrancadle la lengua.

Con tal pena pagó aquel infeliz el delito de condenar las extravagancias de un tira-

no que, aborreciendo á los hombres, ponia todo su afecto en un sér irracional. Pero no hay que subir á las alturas del trono ni á lejanos tiempos para encontrar dementes que han dado en tal manía. En todas épocas y clases sociales hay personas que extreman su cariño á los animales, gastando sumas de consideracion para proporcionarles una vida regalada, al mismo tiempo que ven insensibles la desnudez del pobre, y cómo mueren de hambre numerosos individuos de la familia humana.

Mostrar ménos interés por nuestro prójimo que por los brutos, es tan digno de vituperio como negar á los animales útiles y amigos del hombre la proteccion y el buen trato á que son acreedores. Para no caer en el ridículo ó atraerse el odio de las clases desheredadas, es necesario dar al hombre lo que es del hombre, y al animal lo que es del animal.

LA CARAVANA

Mar de abrasada arena es el desierto:
el hombre muere si se engolfa en él;
pero traza en sus ondas rumbo cierto
un monstruo con figura de bajel.

—

Es el camello, ved; Naturaleza
dióle de las arenas el color,
y elevó en largo cuello su cabeza
para esquivar el polvo abrasador.

—

Agua le puso en odres intestinos;
grasas en su excrescencia vertical:
porque no ha de encontrar en los caminos
ni hierba que comer, ni un manantial.

—

Recibe en sus espaldas el bagaje
en que pone el comercio su interes,
y emprende melancólico el viaje
de enrojecida atmósfera á traves.

—

Súbita lobreguez al horizonte
nubes de polvo sofocante dan,
y desciende de arena un alto monte
á la rugiente voz del huracan.

—

La dócil bestia, replegando el cuello
á su señor procura defender;
y por salvar al hombre, el fiel camello
inmola su existencia con placer.

—

Y áun muerto, con su carne le alimenta;
le ofrece, de su pecho en lo interior,
el agua en que su boca, ya sedienta,
refresca el moribundo conductor.

—

Su vida así prolonga, hasta que zumba
de nuevo el Símoun con furor brutal,
y al hombre arroja en arenosa tumba
al lado del pacífico animal.

—

Los huesos ve despues otro viandante
en tan sublime y trágica actitud,
y mira á su camello, y su semblante
baña en lloro de santa gratitud.

—

Y cantando á una voz la caravana,
dice con sencillez y con fervor:
—¡Bendito el Sér que á la familia humana
quiso el camello dar por servidor!—

ARGOS.

A corta distancia de Salona, capital de la antigua Dalmacia, habia el año 307 de nuestra era una deliciosa granja, rodeada de huertos y jardines que cultivaba por sí mismo el propietario de aquella finca, despues de haber tenido muchos años sobre su frente la corona del imperio romano. Voluntariamente la puso sobre sienes ménos dignas, y se retiró á endulzar en la vida del campo las amarguras del poder. La posesion en que se habia instalado, era un establecimiento agrícola modelo; pues allí se enseñaban métodos de cultivo segun los adelantos agronómicos de la época, nuevos instrumentos de labor y sistemas de riegos.

Hallábase el emperador dimisionario una tarde de estío regando las flores marchitas por un sol canicular que á la sazon se hundía en Occidente, cuando un pavo real, encaramado en la tapia de la finca, hirió el viento con su ingrato chillido.

—Alguien viene:—exclamó el diligente jardinero; y asomándose á la puerta de la granja, vió encaminarse hacia ella un grupo de hombres que por sus trajes anunciaban la calidad de sus personas. Miéntras llegaban, retiróse á sus habitaciones el noble huésped de la finca para mudar de vestido y dar órdenes de recibir dignamente á los que venían á honrarle con su visita. Cuando esta se hizo anunciar y los que formaban parte de ella se encontraron en presencia del dueño de la casa, el más anciano de aquellos tomó la palabra y dijo:

—En nombre del pueblo romano, víctima de guerras civiles encendidas por ambiciosos vulgares que se disputan el solio, venimos á suplicarte, ¡oh Diocleciano! que vuelvas á ornar tus sienes con la imperial

diadema; pues desde que tú la abdicaste, el Imperio se encuentra devorado por la más espantosa anarquía.

Diocleciano se limitó á contestar:

—Si supiérais qué hermosas están mis flores y hortalizas, no me hablaríais de eso: —y poniéndose en pié, y tomando familiarmente de la mano al senador que le había dirigido la palabra, añadió:—Venid y las vereis.

Todos comprendieron que era irrevocable el propósito que había hecho Diocleciano de renunciar definitivamente á la púrpura, y le siguieron al jardin decididos á no hablarle más de la comision que llevaban. El emperador dimisionario les fué sirviendo de guía y mostrándoles, con viva satisfaccion y legítimo orgullo, el floreciente estado en que se hallaban todas las dependencias de su granja.

—¿Y para qué quieres tantas legumbres? —le dijo uno de los comisionados.

—Las que sobran del consumo de mi casa—respondió jovialmente el interpelado—

se venden en la plaza de la ciudad y algo me producen.

—¡Siempre modelo de órden y economía! —exclamó otro senador.

—Todo cuanto veis aquí—prosiguió Diocleciano,—además de embellecer esta posesion, que constituye mi dicha, tiene alguna utilidad ó presta algun servicio.

—Ménos ese pavo real qué tienes ahí, ocupado tan sólo en extender su brillante cola para que la vea esa vaca que está á su lado:—dijo otro interlocutor.

—Te equivocas—replicó el Emperador—pensando que ese hermoso animal sea completamente inútil. En absoluto no puede afirmarse que haya séres inferiores de los que el hombre no pueda sacar algun partido, aunque muchas veces no sepamos cual es el fin á que podamos destinar algunos de ellos. Mas por lo que hace al pavo real, ¿tú ignoras ú olvidas que no hay centinela humano tan vigilante como él? Antes de que vosotros hubiérais bajado aquel repecho del camino que á esta pose-

sion conduce, ya estaba yo advertido de vuestra llegada por la voz de alerta de mi Argos; que este es el nombre de ese fiel custodio de mi casa.

—¿Y por qué has puesto á un animal el nombre de una ciudad griega?—se atrevió á preguntar el mismo senador.

—No es el nombre de una ciudad griega —repuso Diocleciano—el que he puesto á esa hermosa ave; sino el de aquel gallardo mancebo á quien los Dioses concedieron cien ojos y á quien Juno..... pero ¿á qué he de referirte su historia? Supongo que la sabrás bien, si es que el olvido en que van cayendo por desgracia los dogmas y bellas tradiciones de nuestra religion, no ha sido causa de que tus padres y maestros hayan dejado de enseñártela.

—Conservo algun recuerdo de ella, porque en efecto la aprendí de niño; pero confieso tambien que luego la he dejado borrar de mi memoria; de suerte que tendría mucho gusto en oirla de tus labios.

—¡Oh Dioses inmortales!—exclamó con

dolorido acento Diocleciano.—¿De qué ha servido que yo, por conservar la fé de nuestros mayores, haya vertido á torrentes la sangre de los cristianos, si ya se han perdido las creencias hasta el punto de que un senador no conoce la historia de Argos, y el César Constantino hace alarde de profesar la doctrina del Galileo? ¡Oh! cuando pienso en esto—prosiguió cada vez más afectado—siento impulsos de acudir al llamamiento que me haceis para empuñar nuevamente el cetro y exterminar á los partidarios del nuevo culto;... pero no: los achaques de mi edad ya no me permiten otra cosa que cultivar estos jardines.

—Yo te prometo—dijo conmovido el senador—consagrar lo que me resta de vida á defender la religion de nuestros padres, que se halla en inminente riesgo; y en cambio te pido que nos des el gusto de escucharte la piadosa leyenda de Argos.

—Es muy breve:—dijo el ex-Emperador sumamente complacido.—La hermosa *Io*, hija de Inaco, fué tiernamente amada de

Júpiter, quien, para librarlo de las iras de su esposa Juno, transformó en vaca á la desdichada jóven; pero áun en tal estado no la perdió de vista la celosa Juno, que comisionó al vigilante Argos, para que tuviera siempre fijos en ella sus cien ojos y observara todas sus acciones. A fin de libertar á su amada de tan importuno guardian, llamó Júpiter á Mercurio, el cual adormeció con el sonido de su flauta al incorruptible Argos y le cortó la cabeza; y entónces Juno, agradecida á la fidelidad de Argos, esparció sus cien ojos por la cola del ave que á ella estaba consagrada, que por tal motivo heredó y conserva la vigilancia de Argos; pues convertido en pavo real, continuó desempeñando la comision que Juno le habia dado y marchó en persecucion de *Io* por mar y tierra, hasta que la alcanzó en Egipto, donde aquella recobró su primitiva forma y tomó el nombre de *Isis*, bajo el que fué adorada en aquel país. ¿Comprendeis ya—dijo el narrador luego que acabó su relato—por qué mi pavo real está siempre co-

mo lo veis ahora, al lado de esa vaca? ¿Y sabeis igualmente por qué es un centinela tan vigilante y fiel? Pues ya conoceis la razon que me mueve á darle el nombre que lleva y profesarle el cariño que le tengo, como débil recompensa de su extraordinaria fidelidad.

EL VIAJERO DEL POLO.

Esa region cercana al polo Norte
donde brama Aquilon con soplo aleve,
es un desierto de perpetua nieve
en que el hielo, hecho rey, tiene su corte.

Roto en él de la vida está el resorte:
el hombre á recorrerle no se atreve,
y un dócil animal lo cruza en breve
sirviendo como medio de transporte.

Es el reno: miradle del trinéo
con júbilo tirar, por ser al hombre
útil y necesario en tal empléo.

Dejad ahora que la nieve alfombre
el camino glacial de ese correo
y de Dios bendecid el santo nombre.

LA BATALLA DE HERACLEA.

Los pueblos de la Italia meridional, viendo su independencia amenazada por los romanos, llamaron en su auxilio al famoso Pirro, rey de Epiro y uno de los capitanes más insignes del mundo antiguo. Por convenir á sus planes de ambicion, respondió á tal llamamiento el célebre caudillo y desembarcó en Italia con numeroso ejército, en que traía varios elefantes, adiestrados en el arte de la guerra. El primer combate en que midieron sus armas los soldados de Pirro y las legiones de Roma, se libró en las inmediaciones de Heraclea, donde sufrió el ejército de la república romana el descalabro más grande que registró su histo-

ria hasta los tiempos de Aníbal.

Desde el comienzo de la batalla se inclinó la victoria del lado de Pirro: éste había colocado á la vanguardia de sus tropas todos los elefantes; y como los romanos veían por primera vez estos enormes cuadrúpedos, sobrecogiéronse de terror al contemplar aquellas moles negruzcas en que iban encastillados gran número de hombres. Los que tuvieron valor para lanzar sus armas arrojadizas contra los colosales mónstruos, vieron con espanto que en su piel rebotaban las flechas, como si cayeran sobre duros peñascos. La infantería, en vista de esto, se negó á proseguir el combate y emprendió desordenada fuga: á contenerla se lanzó la caballería, que para reanimar el valor del ejército, cargó denodadamente sobre los gigantescos animales; pero éstos, con sólo presentar sus ebúrneos colmillos, detenían y trituraban á los caballos de mayor fuerza. En torno de cada elefante se hacinaron bien pronto cadáveres sobre cadáveres, así de ginetes como de trotones,

miéntras los soldados de Pirro, atacando al grueso del ejército enemigo, ya puesto en fuga, sembraban de muertos la campiña y cogían numerosos prisioneros.

Uno de estos, llamado Sempronio y que era capitan, al ser llevado á la presencia del rey de Epiro, tuvo la audacia de apostrofarle en términos injuriosos.

—¡Oh Pirro!—exclamó con voz de trueno. —Ufano puedes estar con tu victoria. ¿Es digno de un guerrero como tú, valerse de mónstruos para alcanzar laureles que sólo deben ceñir la frente de los campeones cuyo fuerte brazo ha sostenido el empuje de las huestes enemigas? La gloria de esta jornada no es tuya, sino de esas bestias descomunales y extrañas, á las cuales algun dios enemigo de Roma ha querido dar hoy naturaleza invulnerable y fuerzas extraordinarias para vencer á un pueblo que ha de conquistar el Mundo.

—Por el camino que llevan tus compañeros,—contestó el vencedor señalando á los soldados romanos que aun corrían vergon

zosamente á la desbandada—me parece que aún tardarán los sucesores de Rómulo en dominar la Tierra: yo creí que valían más y por eso trage los auxiliares á quienes atribuyes este triunfo; pero te doy palabra de no llevarlos á nuevos combates. Contra Roma basta Pirro: esos pobres cuadrúpedos, que tú juzgas mónstruos de la guerra formados por dioses enemigos, son pacíficos animales, cuya fuerza natural y admirable instinto he utilizado yo para las batallas.

—¡Los dioses te confundan!—repuso el caudillo romano con indignado acento.—¿Conque la naturaleza ha dado al elefante dóciles instintos que pudieran hacer de él un instrumento de labranza y tú con sacrílega mano los has convertido en máquina de guerra?

—Vosotros—contestó Pirro—haceis lo mismo con el caballo, ese hermoso animal que de intento ha modelado la naturaleza para servir de bagajero al hombre y ayudarle en el rudo trabajo de la agricultura; pero que hoy es un centáuro, un mónstruo

guerrero que se apasiona por las lides, que responde con brutal relincho de entusiasmo al vibrante sonido del clarin, aspira con placer los vapores de la sangre derramada y vierte la suya con estúpido heroismo y muere sin exhalar un quejido al lado del ginete.

—Es verdad;—dijo melancólicamente Sempronio:—mi pobre corcel, acribillado de heridas, cayó conmigo en el lugar donde me cogisteis prisionero: el generoso bruto se esforzaba en ocultarme con su cuerpo, ya exánime, á fin de salvar mi vida, perdiendo la suya. ¡Sacrificio inútil! porque vosotros me la quitareis ahora, sin dejarme la gloria de la defensa ni el consuelo de que mi cadáver sea piadosamente recogido por mis deudos.

—Eres libre, valeroso jóven;—exclamó Pirro, alargando su mano á Sempronio:—la nobleza de tus sentimientos ha despertado en mi corazon profunda simpatía: vuelve á los tuyos, y alza entre ellos la voz con la misma energía que has mostrado

aquí, para condenar la humana barbarie que hace al animal cómplice de sus locuras. No basta á los hombres desangrarse en contínuas guerras; sino que, profanando y destruyendo, en cuanto les es posible, la obra de Dios, asocian á sus furores multitud de séres irracionales que la naturaleza hizo dóciles y forzudos, para significar su intencion de que los empleáramos en el trabajo más penoso. Nosotros, que somos guerreros, debemos confesar nuestro crímen contra esta violacion de las leyes naturales, para que llegue nuestra voz á los siglos más dichosos, en que el caballo y el elefante, despojados de su irrisorio traje militar, sean tan sólo obreros de la fábrica y del campo.—

Así habló el vencedor de Heraclea hace más de veinte siglos, y todavía la Humanidad está manchada con el crímen de alistar en sus ejércitos á los más hermosos representantes de la raza equina. ¿Pasarán todavía muchas centurias sin que la Humanidad vea lucir el venturoso dia va-

ticinado por Pirro? Sólo Dios lo sabe; pero el hombre puede coadyuvar al plan divino y apresurar aquel momento feliz, combatiendo el error, la injusticia y las preocupaciones, aunque se cubran y engalanen con el purpúreo manto del honor y de la gloria.

ORELIA,
ó
EL CABALLO DE GUERRA.

Por la orilla del turbio Guadalete,
que sangrientos cadáveres alfombran,
un ligero corcel, que Orelia nombran,
corre triste y sin freno ni ginete,
y los buitres, que están en su banquete,
á la presencia del troton se asombran.

—

Él, con relincho triste y anhelante,
los muertos examina y olfatea;
y no sabe si teme ó si desea
de su amado señor ver el semblante,
corriendo sudoroso y jadeante
todo el campo fatal de la pelea.

—

—¿Dónde estás ¡oh mi dueño D. Rodrigo!

Exclama en su lenguaje el noble bruto.
—Si España por tu fin ya viste luto,
¿por qué no he muerto yo tambien contigo?
Yo, que de tu valor fuí buen testigo,
¿cómo no dí á la Parca mi tributo?

—

Arrojaba de sangre atroz torrente
por las hondas heridas de mi pecho,
cuando el alfanje de Tarik, derecho
iba ya á descender sobre tu frente;
y por burlar el golpe, á la corriente
me lancé, de salvarte satisfecho.

—

Nunca lo hiciera ¡oh Dios! Del agua el frio,
con súbita impresion, cual la del rayo,
ocasionó en tu sér mortal desmayo
cayendo al fondo del sangriento rio,
y bajando á sacarte con gran brio
tu generoso primo D. Pelayo.

—

Mas todo en vano fué: ya en aquel punto
no halló restos de tí. Si has muerto, ¿adonde
el turbio rio tu sepulcro esconde?
¿O te arrojó á la márgen ya difunto?

Esto al cielo y al rio yo pregunto,
y á mi doliente voz nadie responde.

—

¿Es que acaso, movidas á clemencia
las aguas, al oir mis roncos gritos,
no cebaron en tí sus apetitos
y salvaron tu mísera existencia,
porque en oscura y larga penitencia
hagas que olvide el cielo tus delitos?

—

Aunque vivas, ya has muerto para el mundo,
y yo tambien de mis heridas muero,
que á mi señor sobrevivir no quiero
ni pudiera tener dueño segundo.—
Dijo el caballo con dolor profundo,
y agonizó invocando al caballero.

EL HALCON DE FERNAN GONZALEZ.

El condado de Castilla, que en un principio estuvo bajo la dependencia de los reyes de Asturias y Leon, se emancipó del poder de éstos en tiempo del famoso conde Fernan Gonzalez, que por tal motivo, y á causa de sus victorias sobre los moros, ha venido á ser un héroe legendario, en cuyo honor hizo la musa castellana sus primeros ensayos de epopeya, y de quién refieren los romances y las tradiciones populares multitud de aventuras caballerescas.

Ocupa un señalado lugar en el número de dichas tradiciones, la que hace depender de un caballo y un halcon el gran suceso de la autonomía de Castilla. Dicen, pues,

antiguos cronicones, que Sancho I el Craso, rey de Leon, habiendo ido á visitar sus estados de Castilla, fué muy obsequiado por su conde Fernan Gonzalez, que dispuso, en honor del regio huésped, varias cacerías. En ellas habían causado la admiracion del rey un caballo y un halcon de los diferentes que tenía Fernan Gonzalez; y queriendo ser dueño de los mencionados animales, rogó al conde que se los vendiera. Consintió éste en ello y fijó un precio muy bajo; pero con la condicion de que no había de pagarse en el acto, sino cuando lo reclamara el vendedor, y que la suma estipulada había de irse doblando cada día que transcurriera.

No tuvo inconveniente el monarca leonés en aceptar dichas cláusulas; y ufano de su adquisicion, volvióse á la capital de su reino. Durante el camino, fué entreteniéndose en poner á prueba la ligereza de su nuevo corcel y la destreza venatoria del halcon. En aquellos tiempos, como no se había inventado la pólvora ni se conocían por consiguiente las armas de fuego, era muy difí-

cil la caza de volatería: las aves de rápido y alto vuelo se ponían fuera del alcance de las flechas; pero los hombres echaron mano del halcon, ave de rapiña que se educa fácilmente y que, á la voz de su dueño, sube á los aires, escudriña con ojo perspícuo un extenso espacio y, lanzándose sobre la tímida paloma, la oprime entre sus garras y desciende sobre el hombro de su amo, para entregarle sumiso la codiciada presa.

Hallábase, pues, el rey de Leon sentado á la sombra de un árbol, miéntras reponía sus fuerzas con las viandas de la opípara merienda que le apercibió el conde de Castilla, cuando vió una blanca paloma, que, en vuelo no muy alto, cruzaba por aquel sitio: enseguida soltó el halcon que, orientándose con singular prontitud, marchó en seguimiento del ave mensajera. Esta, divisando al enemigo, remontó el vuelo hasta perderse de vista; mas á poco tiempo descubrió nuevamente Sancho I á su ligero halcon, que ya ostentaba orgulloso entre sus uñas la ensangrentada paloma.

—¡Oh! ten piedad de mí;—decía entre tanto la víctima á su verdugo:—déjame continuar mi viaje, que no he emprendido por gusto mio sino por mandato de mi dueño, el cual está en Leon y me ha enviado á Burgos con un mensaje de sumo interes: yo te prometo regresar tan pronto como desempeñe mi cometido, y entónces ya no temeré perder la libertad ni áun la vida.

—No te creo;—respondió el halcon:—si te suelto, no serás tan necia que vuelvas por aquí: además ¿qué diría mi nuevo amo, si la primera vez que salgo á cazar en su servicio, retorno sin el pájaro acechado?

—¡Ah miserable!—exclamó la paloma;—que por complacer al hombre te conviertes en verdugo de tus semejantes: yo tambien sirvo al hombre y en ello cifro mi dicha; pero no causo perjuicio á las otras aves. ¿No es una infamia hacerse cómplice del sér racional en sus feroces instintos?

—Si hay en ello infamia—replicó el aludido—será para el hombre que explota el amor que le profesamos algunos animales,

convirtiendo nuestra obediencia á sus mandatos en acciones vergonzosas y criminales: él, que así abusa de la superioridad de su naturaleza, responderá ante Dios del sacrilegio que comete pervirtiendo nuestros instintos.

Y acabando de decir estas palabras, posó el halcon en la mano del rey su dueño, que, examinando las heridas de la paloma, encontró debajo del ala izquierda un fragmento de pergamino que tenía escritas estas palabras:

«Al conde Fernan Gonzalez:

Nuestros planes han tenido feliz éxito: el rey Sancho ha sido destronado y su corona ciñe las sienes de mi esposo Ordoño.

Vuestra hija,

Urraca.»

—¡Ah traidor Fernan Gonzalez!—exclamó Sancho I.—¡Maldita paloma que me ha traido tan infausta nueva!—Y retorciendo entre sus crispadas manos el cuello del ave mensajera, la arrojó, ya muerta, contra un peñasco.

Quedó luego triste y pensativo, no sabiendo qué resolucion tomar; pero al fin decidió ir á Leon para cerciorarse de los hechos acaecidos y provocar, si posible fuera, una reaccion en favor suyo. Sin embargo no pudo llegar á la capital, porque gentes de armas que el rey usurpador había destacado, le hicieron retroceder. Entónces determinó ir á buscar asilo en la corte del califa de Córdoba, que lo era Abderraman III, el cual dió al destronado príncipe caballeresca hospitalidad, le proporcionó hábiles médicos que le curaron su desmesurada obesidad, y finalmente le ofreció un ejército con el cual volvió á Leon y recuperó su trono. El monarca intruso, á quien la historia llama Ordoño el Malo, no dándole número en la cronología de los soberanos españoles, tuvo que huir vergonzosamente, viéndose abandonado de todos sus vasallos y hasta de su suegro, el tornadizo Fernan Gonzalez.

Este, sin embargo, ya que no había podido evitar que Sancho I recuperara su co-

rona, no cesaba de suscitarle obstáculos y producirle disgustos. Al efecto le reclamó formalmente el pago del caballo y del halcon que otro tiempo le vendiera: el rey de Leon quiso abonar en el acto la cuenta; pero al ajustarla, vió que ascendía ya á sumas tan enormes, que no había en todo el mundo dinero bastante para satisfacerla. Entónces le propuso Fernan Gonzalez que firmara el reconocimiento de la independencia de Castilla, y él admitiría este documento como pago de la deuda. Sancho I tuvo que aceptar esta humillante proposicion; y Castilla, que ya de hecho era un Estado autónomo, lo fué tambien de derecho á contar desde aquel día.

El rey de Leon quiso desahogar su ira contra los pobres animales que habían sido la causa inconsciente de aquella desventura nacional; pero como el caballo había ya muerto, el mísero halcon fué el que pereció á manos de su segundo dueño.

—¡Muere, maldito!—decia furioso aquel, extrangulando al ave;—tú has sido el orí-

gen de todos mis males: tú cazaste la paloma que me dió la fatal noticia de mi destronamiento, y por tí se desprende hoy de la corona de Leon su joya más preciada... Mas ¡ay! no eres tú el verdadero culpable, sino yo, que lleno de admiracion imbécil hacia tu destreza venatoria, no vacilé, con tal de poseerte, en dejar, como hipoteca de tu valor, la gloriosa tierra de Castilla, adonde ya no llega la sombra de mi autoridad. ¡Oh! no hay duda: esto es un castigo del cielo por mi violenta aficion á esa caza traidora en que el hombre se vale de un pájaro innoble y servil, para llevar la muerte á las mansas aves que pueblan las altas regiones de la atmósfera. ¡Ojalá escarmienten en mi daño todos los príncipes y señores que tienen por noble ejercicio el de adiestrar halcones para una caza indigna!

EL GUARDIAN DEL REBAÑO.

Al pié de un ceniciento y alto risco
y al borde de un arroyo limpio y manso
en que refleja el Sol su claro disco
y se bañan el ánade y el ganso,
tiéndense las ovejas de un aprisco
á restaurar su fuerza en el descanso
de la noche que, muda, triste y fría,
parece tumba del finado día.

—

En torno del redil, cual centinela,
girando cabizbajo y silencioso,
miéntras duerme el pastor, el perro vela;
el perro que, obediente y cariñoso,
tan sólo complacer al hombre anhela;
que, merced á su olfato prodigioso,

ántes fué cazador, y sirve ahora
de guardian á la tribu baladora.

—

En él confía la paciente oveja;
ese sér de bondad, que al sacrificio
humildemente conducir se deja
sin dar de resistencia algun indicio;
ántes legando la testil guedeja
de su propio verdugo en beneficio:
guedeja que, al tomar de lana el nombre,
irá á cubrir la desnudez del hombre.

—

De las tímidas reses en acecho,
el famélico lobo se aproxima;
y, llegando al redil, se vá derecho
sobre la oveja de mayor estima:
ya juzga su apetito satisfecho,
cuando el noble mastin se viene encima
y, haciéndole soltar su dulce robo,
con furia horrenda se abalanza al lobo.

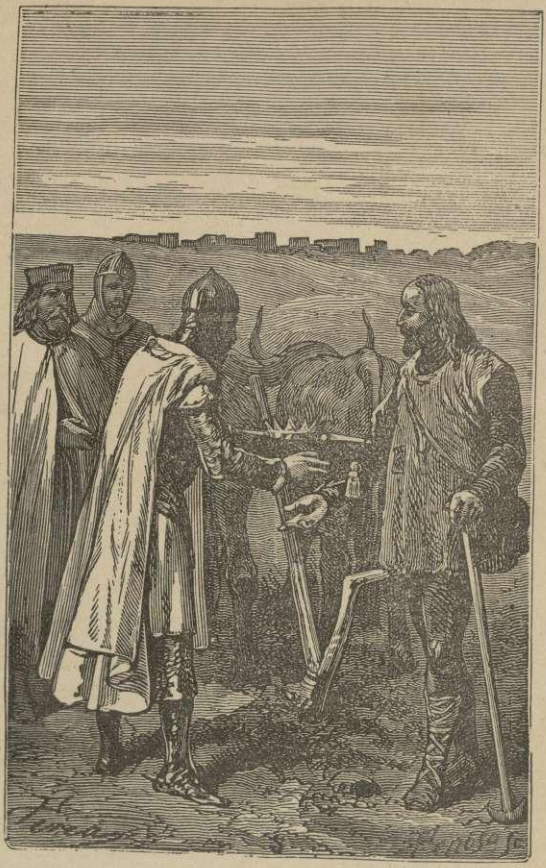
—

Llega el pastor y de su chuzo el hierro
clava en la fiera, que, pisando abrojos,
sube á morir en el vecino cerro,

do comerán los buitres sus despojos.
En tanto su enemigo, el noble perro,
desangrado tambien, alza los ojos,
dirige al amo su mirada inerte
y se entrega en los brazos de la muerte.

—

De toda la comarca los pastores
visten luego por él sincero luto:
con balidos sin fin conmovedores,
le pagan las ovejas su tributo.
Decid si no merece estos honores
el noble, fiel y generoso bruto
que con su misma sangre y propio daño
firma pactos de amor con el rebaño.



EL LABRIEGO DE GERTRICOS.

EL LABRIEGO DE GERTRICOS.

Hallándose enfermo Recesvinto, ilustre rey de los Godos, se alejó de su corte, que era Toledo; y buscando en los aires puros del campo algun alivio á sus dolencias y achaques, fué á pasar unos dias en Gertricos, pequeña aldea inmediata á Valladolid. El mal, sin embargo, no tenía remedio; y en dicha poblacion pagó el Monarca su debido tributo á la muerte, inexorable mónstruo que fija su horrible planta lo mismo en la choza de los pobres que en los alcázares de los reyes, como dijo el poeta.

Los obispos y magnates que habían acompañado al príncipe, se reunieron para elegir otro en el mismo lugar donde había ocurri-

do el fallecimiento, segun disponian las leyes de los visigodos. Las ventanas de la habitacion en que se hallaban congregados para aquel fin, daban al campo; y miéntras discutian los nobles sin ponerse de acuerdo sobre los candidatos al trono, estaban viendo y admirando los hondos y rectos surcos que trazaba en la vecina tierra un labrador, á quien lo avanzado de su edad no impedía dirigir con segura mano la yunta de bueyes con que araba el humedecido suelo, para disponerle á recibir en favorables condiciones la semilla de trigo.

Llamábales la atencion que, sin aguijonear apénas á los forzudos animales, los dirigía el diestro patan, bastando su voz para que, si acaso desmayaban en su penoso trabajo, volvieran á él con más ahinco. Uno de ellos, sin embargo, se encontraba sudoroso y jadeante en demasía; y notándolo su buen conductor, le dijo, como si el pobre cuadrúpedo fuera capaz de entenderle:

—¡Hola! parece que vas cansado, Blanquillo! ¿O es que estás malo? Vaya, pues te

quitaré el yugo por un rato, á ver si te reanimas.

Y juntando al dicho el hecho, alivió de la coyunda al fatigado buey, haciéndole caricias en la frente, á las que parecia responder el animal con mugidos de gratitud.

Miéntras descansaba la yunta, sentóse tambien el labriego, apoyando las manos en la pértiga ó vara con que aligeraba el tardo paso de los bueyes; y estando así, vió que se aproximaban á él todos los magnates de la córte. Uno de ellos tomó la palabra y le dijo:

—Alzaos, buen hombre: no sigais arando esa tierra, pues desde ahora labrareis la felicidad de la nacion: vais á trocar esa tosca vara que teneis en la mano, por el áureo cetro de España; pues acabamos de elegiros rey y venimos á daros esta nueva y á ofreceros el homenage de nuestro respeto. Tened la bondad de decirnos vuestro nombre para que podamos aclamarle.

—Me llamo Wamba—contestó el interpelado, sin mostrar turbacion ni regocijo por

la noticia que se le daba; y añadió:—pero sin duda os chanceais, señores; pues no comprendo que, en vuestra sabiduría, querais sentar á un labriego en el trono para que lo desdore con insulseces propias de su ignorancia.

—La discrecion que revelan vuestras palabras—repuso el magnate,—nos dice que hemos hecho una feliz eleccion, si ya ántes no nos lo indicaran otras señales. Desde aquella ventana hemos seguido con la vista todas vuestras acciones: la destreza con que manejais el arado, nos garantiza el acierto con que dirigireis la gobernacion del pais: y la bondad y el cariño con que tratais á esas pobres bestias, cuyo trabajo pagan con tanta crueldad generalmente sus dueños, son prenda segura de que vuestros vasallos siempre tendrán en vos un cariñoso padre y nunca un déspota sañudo. Quien abriga en su alma sentimientos de ternura y amor hacia los séres irracionales, y respetando en ellos la obra de Dios, huye de maltratarlos, y áun al servirse de ellos, les tiende

una mirada compasiva y protectora, no puede ménos de tener un corazon sencillo y bueno, que nunca será insensible á las desventuras de los hombres.

—Mas para llevar dignamente una corona,—replicó Wamba,—no es suficiente poseer buen corazon: hace falta tambien clara inteligencia para dar leyes justas y brazo fuerte para esgrimir la espada en los combates; yo, áun suponiendo que abrigue sentimientos generosos, carezco de instruccion para legislar y soy viejo para combatir: colocad, pues, en el trono á un sabio que le honre con su ciencia ó bien á un guerrero que le dé gloria.

—Es verdad—dijo entónces el arzobispo de Toledo, terciando en la cuestion;—que casi siempre han empuñado el cetro manos acostumbradas á manejar la espada ó la pluma; pero ¿no es justo que lo alcancen alguna vez las que han encallecido honrosamente al duro contacto de la esteva ó de la azada? ¿Hay en el Estado profesion más noble que la del labrador, sacerdote de la Natura-

leza, que continúa la obra de Dios creando y produciendo los frutos que nos alimentan? El rústico gañan que, cubierto de polvo y de sudor, rasga con duro esfuerzo el seno de la tierra para depositar en ella el gérmen de la vida, es más digno de estimacion y de respeto que el ocioso magnate, hinchado de soberbia y de desprecio hacia el humilde obrero del campo que pone, sin embargo, en la mesa del rico el pan con que se alimenta. Honremos, pues, la Agricultura, poniendo la corona de una monarquía militar en la frente de un labriego.

—¡Ah, señor!—dijo Wamba:—ese lenguaje es digno de vuestra ciencia y virtud; pero un rústico bajo el solio, tiene que ser objeto de las burlas de los cortesanos; y yo, agradeciendo el señalado favor que habeis querido dispensarme, os anuncio mi firme resolucion de no abandonar esta labranza, que constituye mi felicidad.

—¡Cómo!—gritó lleno de cólera uno de los cortesanos:—¿Tendrás la soberbia de menospreciar la diadema que ornó las sienes

de Recaredo? Eso no podría ser interpretado de otro modo que como un insulto á la raza goda, y yo, en su nombre y representacion te advierto que, si no aceptas ahora mismo la corona que te ofrecemos, la punta de esta espada irá á clavarse en tu corazon.

—Guárdala para más digna empresa;—contestó Wamba, sin dar indicios de temor: —que mal puede llevar intencion de ofender á los godos quien se honra de pertenecer á su noble linaje. Aunque me hallais en este sitio y condicion, tambien me habreis visto quizás algunos de vosotros en el regio alcázar toledano; pero abandoné la córte y sus intrigas hace mucho tiempo, y soy más feliz en este campo que yo mismo me complazco en cultivar. Por eso os digo que seré yo rey cuando florezca este palo seco que tengo en las manos y con el que avivo el paso de mis bueyes.

—¡Oh Dios Todopoderoso!—exclamó al oir esto el arzobispo de Toledo—Si, como yo creo, el rey que hemos elegido, es digno del trono y puede hacer la felicidad de

España, haced, Señor, un milagro para que acepte la corona que rehusa!

Aún no había concluido de pronunciar éstas palabras el virtuoso prelado, cuando la seca vara comenzó á reverdecer y cubrirse de hojas y flores, con asombro y regocijo de todos los circunstantes. Wamba, que había resistido á los ruegos y amenazas de los hombres, no quiso ya oponerse á la voluntad divina tan patentemente revelada, y subió al trono español, en premio de haber tratado con humanidad á los pacientes animales que toman á su cargo el más penoso y rudo trabajo de las faenas agrícolas.

LA RECETA DEL GUACO.

Un negro, que se hallaba trabajando
de América en un vasto cafetal,
hacia él vió venir, ronca silbando,
serpiente colosal.

—

Mudo de espanto, ni á gritar acierta:
corre á su rancho con ardor febril;
pero le alcanza, ya junto á la puerta,
el diente del reptil.

—

Entra al cabo y atranca; mas vencido
por la fuerza del susto y del dolor,
permaneció algun tiempo sin sentido
y sin vital calor.

—

Luego, en sí vuelto, fija la mirada
por estrecha rendija y puede ver
muy cerca la serpiente ensangrentada
y exánime yacer.

—

Y luego vió en el aire un pajarillo
que raudo sobre el mónstruo se lanzó,
y su pico sutil como un cuchillo
cien veces le clavó.

—

El dañino animal la horrenda boca
dirige en vano contra el ave audaz,
que nuevos aguijones le coloca
sereno y pertinaz.

—

A veces de su víctima con gusto
se aparta y, con inmensa rapidez,
vá á picar en las hojas de un arbusto
y regresa otra vez.

—

Así tras larga y espantosa lucha
ve el negro á la serpiente sucumbir
y, ¡guaco! ¡guaco! al pajarillo escucha
ufano repetir.

—

Sale de su escondite, y enseguida
al prodigioso arbusto se acercó
y, sus hojas poniéndose en la herida,
en breve se curó.

—

De este modo un volátil—aunque asombre
contra un veneno de mortal accion
antídoto seguro enseñó al hombre
en práctica leccion.

—

¿Y á quien de amor debeis mayor tributo?
¿Al ave humilde que salud nos dá,
ó al guerrero que deja sangre y luto
por doquiera que vá?

—

Pues justo es que esta historia el nombre grabe
del Guaco en vuestro noble corazon,
y en él pensando, deis á cualquier ave
afecto y proteccion.

LA ESTAFETA DEL CAUTIVO.

En una mazmorra de Argel, atestada de cautivos, habia uno español, jóven y apuesto, que se distinguia por su agudo ingenio, revelado, no solamente en la conversacion, sino tambien y principalmente en los atrevidos planes que fraguaba con el fin de recobrar la libertad perdida; mas todos salieron frustrados y ni áun le fué posible notificar á su familia la triste nueva de su cautiverio.

Fijando melancólicamente los ojos en el cielo por entre los hierros de su prision hallábase una mañana de primavera, en tanto que revoloteaban por el interior de la oscura estancia las muchas golondrinas que ha-

bían labrado sus nidos en aquel lugar, tal vez movidas á compasion de los encarcelados, á quienes distraían con los tortuosos giros de su vuelo, ó haciendo alarde de su destreza arquitectónica en construirse la vivienda, ó acarreando en solícitos viajes el ordinario sustento.

A veces lo recibían de los mismos prisioneros y señaladamente del español, quien de tal modo llegó á captarse el amor y la confianza de los pequeños volátiles, que todos ellos descendían á su mano ó posaban en su hombro, miéntras él los miraba con envidia, porque tenían libertad para salir del calabozo y alas con que cruzar el espacio.

La mañana de que hablamos estaba nuestro cautivo más que nunca bajo la influencia de tales pensamientos; porque se acercaba el tiempo en que las aves peregrinas dejan el suelo africano en busca de española tierra, ménos ardiente en el estío. Por su parte las golondrinas cantaban aquel día con lastimero tono, como para dar indicio

del sentimiento que les causaba el alejarse de aquel sitio donde quedaba su tierno protector, y venían á él y acariciaban su frente con dulces aleteos, como si fueran los ósculos de su amante despedida.

El cautivo, dominado por la emocion, no podía contener las lágrimas; pero de pronto, herido por el rayo de una idea, tomó una pequeña cinta de seda blanca, y despues de escribir en ella algunas palabras y colocar pendiente de ella un cascabelito, la anudó al cuello del cariñoso pajarillo, que, durante aquella operacion, se había instalado en el hombro del español.

—Anda,—dijo este con acento solemne, interrumpido por los sollozos;—vuela ya, amiga mía, y que Dios dirija tus alas adonde yo pongo ahora mi pensamiento.

Y el ave viajera, como si obedeciese el mandato, salió de la mazmorra, atravesó el mar con otras compañeras y, ya en nuestra península, fijó su asiento y se propuso anidar en el atrio de un convento de frailes mercenarios, órden religiosa que tenía por

objeto principal de su benéfico instituto, la redencion de cautivos.

El anciano guardian de aquella piadosa casa complacíase en ver desde su celda el nido labrado por nuestra golondrina y en escuchar el tierno pío de sus hijuelos, que, todos á una, abrían desmesuradamente la boca para recibir el alimento del pico maternal. A recoger unas migajas que había en el suelo de dicha celda bajó tímidamente el ave en cierto día, posando ántes en la ventana como para inquirir si ofrecería riesgo el entrar. El superior del convento, que se hallaba rezando sus cuotidianas oraciones, miró con disimulo al pajarillo y descubriendo letras en la cinta de que pendía su cascabel, entró en deseos de averiguar lo que dijera aquella estraña inscripcion. Al efecto y miéntras la cuidadosa madre voló al nido llevando la primera remesa de comida, situóse en acecho detrás de la ventana y, habiendo retornado su huéspeda y no viendo á nadie en el aposento, fué osada á penetrar en su fondo sin re-

celo alguno; entónces el astuto cazador cerró la vidriera y dejó encarcelada á su víctima que, despues de algunos revoloteos, cayó en manos del prior.

Cortó este el galon manuscrito; y aunque la tinta se había decolorado bastante por la accion deletérea de los agentes atmosféricos, pudo leer claramente estas palabras: *Miguel de Cervántes, cautivo en Argel.* Soltó el buen religioso á la prisionera y comenzó á practicar diligencias en averiguacion de quien pudiera darle noticias de tal sugeto. Al fin supo que era soldado y que en Alcalá de Henares moraba su familia; y aunque ésta era muy pobre, facilitó algunos recursos para el rescate del cautivo, supliendo el resto los Padres de la Merced.

De este modo recobró su libertad y volvió á la madre patria, el que había de glorificarla escribiendo el libro inmortal que lleva por título *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha.* Cuando recorrais sus páginas sublimes, no dejeis de consagrar un

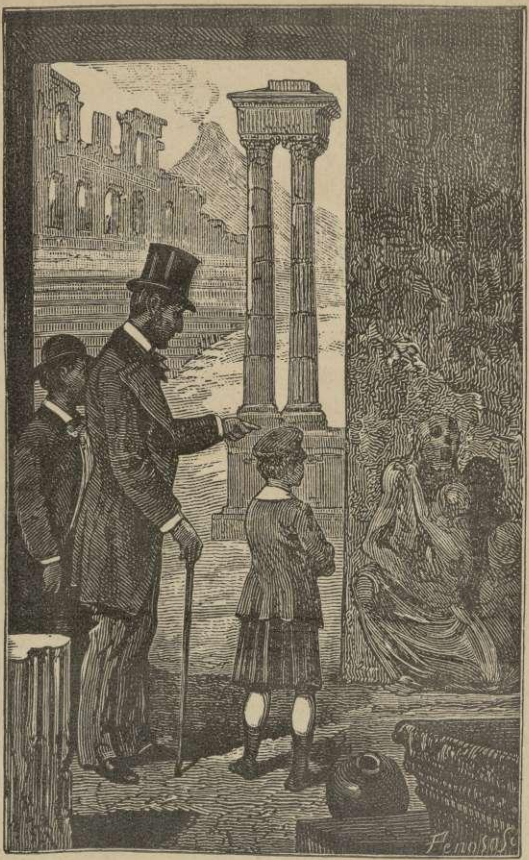
recuerdo á la ignorada avecilla que sirvió de providencial estafeta para traer la noticia del cautiverio de Cervántes y proporcionar su redencion; y no negueis tampoco el tributo de vuestro cariño y adhesion á los hombres que, en nuestros días, arrostrando burlas y dificultades de todo género, han fundado Sociedades protectoras de animales y plantas, séres desatendidos, cuando no maltratados, hasta ahora por el rey de la Creacion, á quien prestan estos servicios de tan grande utilidad.

EL PERRO RABIOSO.

Un príncipe de Hungría,
ó por arte quizá de hechicería
ó en expiacion acaso de algun yerro,
hallóse un día convertido en perro.
Hubo, pues, de tomar canino nombre,
mas conservando la conciencia de hombre;
y al ver que le trataba brutalmente
aquella misma gente
que aduladora le rindió homenaje,
dejóse arrebatar por el coraje.
Llevarle quieren á perrera ó cuadra;
mas él resiste fiero, y muerde y ladra:
la sangre inyecta sus brillantes ojos;
y al vérselos tan rojos,
y al notar que su baba es abundante,

y al ponerle delante
el agua, á ver si bebe, más se irrita,
la muchedumbre con espanto grita;
—Ese perro, no hay duda, está rabioso.—
El príncipe al oirlo, temeroso
de que al punto le quieran dar la muerte,
echó á correr con ímpetu tan fuerte,
que cruzó la ciudad en un segundo;
pero en su seguimiento fué iracundo
el siempre irreflexivo populacho.
Aquello fué una lid: cada muchacho
tornóse un campeon y las pedradas,
sablazos y tajantes cuchilladas,
en que mostraron todos grande acierto,
al animal dejaron medio muerto.
Porque exhalase el último suspiro,
á dispararle un tiro
se dirigió valiente un ciudadano:
entónces ¡oh prodigio! el soberano
su forma recobró por don del Cielo,
y—¡Detente!—exclamó con vivo anhelo.
Todos se prosternaron, y el monarca
estableció por ley en su comarca
que, utilizando medios ingeniosos,

á los perros tenidos por rabiosos
se les llevara á sitios bien seguros
donde, sin darles tratamientos duros
ni causar ellos daño,
ó sucumbieran á su mal extraño
ó los curase de él quizá la ciencia,
ó declarara ser otra dolencia
la del can; porque cosa no es tan obvia
la presencia afirmar de la hidrofobia.
¿No debieran tambien otras naciones,
cuando tratan de hacer constituciones
ó al dar decretos ilustrados reyes,
copiar las sabias leyes
del húngaro monarca de este cuento?
Pues hay que divulgar el pensamiento
que anima á Sociedades protectoras
de la vida inferior, y á todas horas
proclamar que los séres racionales
no deben emplear formas brutales
contra el pobre animal, ni al can doliente
se le ha de responder, como su gente
al príncipe de Hungría,
con eterna y salvaje cacería.



EL HORMIGUERO Y LAS RUINAS.

El Hormiguero y las Ruinas.

Un caballero español que residia en Nápoles á mediados del siglo anterior, tenía un hijo de pocos años, que era modelo de aplicacion, en el colegio de aquella ciudad, donde hacía sus primeros estudios; y queriendo premiarle como merecia, le dió quince dias de asueto para llevarle á recorrer varias poblaciones y últimamente la ciudad de Pompeya que, despues de haber estado muchos siglos sepultada bajo las cenizas del Vesubio, acababa de ser descubierta.

Y en efecto: una mañana de primavera trepaban el padre y el hijo por la falda del monte en cuyas entrañas gime el vol-

can, que entónces no estaba en ignicion, y caminando al S. E., buscaban con la vista la desembocadura del Sarno, en cuyo punto se hallaba la ciudad soterrada por la erupcion del año 79. Las márgenes del rio tapizadas de flores, las orillas del golfo partenopeo y la calcinada frente del Vesubio, fijaban alternativamente las miradas de los viajeros, que al fin divisaron las escavaciones de Pompeya; pero miéntras el padre, absorto en la contemplacion de aquel pueblo exhumado, se entregaba á melancólicas reflexiones sobre la catástrofe que á tantos vivientes dió por sepulcro sus mismas casas, el alegre niño se entretenía en echar tierra por la boca de un hormiguero que allí cerca estaba. Era su propósito llenar el agujero, para ver qué hacían las hormigas que se encontraban fuera cuando hallaran obstruida la entrada de su habitacion y cómo se arreglarian para salir las que estuviesen dentro. Y era de ver la febril actividad con que el niño trabajaba en aquella obra; mas no pudo concluirla á su satisfaccion, por-

que el mandato paterno le obligó á dejar aquel sitio y á ponerse al lado del autor de sus días.

Este, que había observado atentamente á su hijo, aunque sin decirle nada, bajó con él hasta las calles de Pompeya; y á la vista de las casas soterradas y de los cadáveres momificados por la ceniza, preguntó al niño:

—¿No te llama la atencion lo que estás mirando?

—Ya sé—contestó el interpelado—que esta ciudad ha estado mucho tiempo bajo tierra.

—Así es;—repuso el padre:—y esas dos mómias que tenemos delante, serían quizá un padre y un hijo, que estarían, como nosotros, paseando por aquí cuando principió á caer sobre ellos la tierra que les privó de la vida. ¿Ves? están abrazados, como nos abrazaríamos tú y yo si ahora se repitiese la catástrofe.

—Ay, papá! no digas eso.—Exclamó el niño lleno temor.—Pero ¿quieres contar-

me como sucedió esa desgracia?

—Pues escucha. En las entrañas de ese monte por donde hemos andado y que está hueco, tiene su espantosa mansion un descomunal gigante.

—Qué es un gigante, papá?—interrumpió el niño.

—Un hombre de elevadísima estatura y de fuerzas portentosas. El que está dentro del Vesubio es tan alto como el monte y cuenta una vida de muchos siglos; porque es tambien encantador y puede alargar su existencia cuanto le plazca. Es de instintos perversos, se goza en hacer mal, y en el año 79 de nuestra era, un dia, por pura diversion y capricho, comenzó á arrojar tierra de ese monte sobre los descuidados é inofensivos moradores de esta ciudad, hasta hacer de ella el cementerio que ahora contemplamos.

—¿Y no hay quien pueda matar á ese mónstruo?—Exclamó indignado el niño; y añadió, mirando hacia el volcan:—Si yo pudiera...

—Pues mátate á ti mismo:—repuso el padre con solemne acento; porque tú eres el gigante, cuya historia he fingido. La catástrofe de Pompeya no la causó poder humano alguno; sino la primera erupcion del Vesubio; pero la ruina de esa ciudad, poblada por humildes séres, que en la falda de ese monte existia hace poco, la has producido tú por mera distraccion y puro entretenimiento. Si alguna de tus víctimas sobrevive al general estrago, referirá mañana á sus compañeras que un brutal gigante, se divirtió en terraplenar sus viviendas.

—Pero, papá,—decía el niño todo asustado;—si yo no he hecho nada de eso ni visto tal ciudad.

—Ven conmigo y te mostraré sus ruinas;—replicó el padre y echó á andar hacia el sitio donde estaba el hormiguero.—Hé aquí tu obra;—añadió, señalando el obstruido orificio.

El aludido se echó á reir alegremente, exclamando:—Eso no es una ciudad, sino

un hormiguero.

—Pues un hormiguero es una verdadera ciudad;—dijo el padre, y continuó:—Si hiciéramos un corte en el terreno que pisamos, descubrirías calles, habitaciones, galerías abiertas con paciente trabajo y admirable destreza por esos diminutos obreros llamados hormigas. Mira esas que han quedado fuera cómo se afanan en quitar, grano á grano, el para ellas monte de arena que tú levantaste en la entrada de su albergue. Repara tambien cómo de éste van saliendo algunas que habrán podido librarse del aplastamiento en las sinuosidades del subterráneo; y puedes tener la seguridad de que si permaneciéramos aquí algunas horas, veríamos nuevamente expedita la comunicacion y restablecido el órden por tí alterado en esa industriosa república.

—¡Ay, cuánto siento ahora ser causa del improbo trabajo de esos pobres séres!—Dijo suspirando el niño.

—¡Si no hubieras hecho más que eso!—Dijo su padre;—pero ¡cuántas muertes ha-

brás ocasionado! ¡Cuántos hijos habrán quedado huérfanos y cuántas madres estrecharán ahora mismo el yerto cadáver de sus hijos! ¡Ahí dentro reina, por tu causa, la desolacion mas espantosa!

—Pero, papá,—se atrevió á decir el niño: —no lloran como nosotros ni hacen demostraciones de dolor.

—¿Y crees que por eso no sienten?—replicó el padre.—Si Dios les ha negado el llanto, que es privilegio del hombre, y el grito que poseen otros animales para expresar el dolor, á estos y á todos los séres, por humildes que nos parezcan, les dotó de sensibilidad, y en virtud de ella, buscan el goce como un bien y rehuyen el dolor como un mal, tienen apego á la vida ó instinto de conservacion, y, en fin, aman y dan por fruto de sus amores hijos queridos, que á su vez colman de caricias á los autores de sus días.

—Papá,—exclamó el niño abrumado bajo el peso del remordimiento:—yo no creí que pudiera hacer tanto mal; y si quieres que

yo mismo ayude á las hormigas...

—No hagas tal cosa, pues ocasionarías más daño que beneficio. Las lágrimas que el arrepentimiento pone en tus ojos ahora, y que acaso reprimes porque te avergüenza el llorar por unas hormigas, han borrado ya las huellas de tu falta. Ojalá que su recuerdo se grabe indeleblemente en tu corazon y jamás destruyas sin necesidad la morada de los pequeños séres ni les quites la vida, á no ser para el sostenimiento de la tuya.

—Yo te prometo mirar siempre donde pise, á fin de no matar nunca la más pequeña hormiga.

—No es preciso tanto: lo único á que te obliga tu naturaleza racional, es á no proponerte deliberadamente y sin utilidad, como hoy lo hacías, producir un verdadero cataclismo en el pequeño mundo de los séres inferiores y muy particularmente en el de las hormigas, que tiene tantos títulos á la estimacion y gratitud de los ombres.

—¿Por qué, papá?

—Porque nos dan constantemente provechosas lecciones de laboriosidad, órden, prevision y economía. El reino de la animalidad inferior es un libro abierto por la Naturaleza á los ojos del hombre y del cual tomaron las sociedades primitivas muchos y útiles conocimientos. El tránsito de la vida pastoril al estado agrícola, tal vez lo determinó el ejemplo de las hormigas: quizá el patriarca de la tribu, miéntras apacentaba su rebaño, se distraía en mirar esos pequeños séres que iban acarreando, como esas que tenemos delante, semillas de plantas y escondiéndolas en almacenes subterráneos; y por imitacion cubrió tambien con una capa de tierra algunos de aquellos granos, que eran de trigo silvestre.

El cadáver de aquel sér galvanizado por la fuerza generatriz, rompió el sudario de la semilla, y resucitando bajo nueva forma, plantó sobre el mísero polvo que cubría su tumba un hermoso tallo como bandera de triunfo sobre la muerte. El patriar-

ca quedó maravillado al contemplar la gloriosa metempsicosis, y quizá iluminó su mente, como fugaz relámpago, el presentimiento de su inmortalidad; porque si la planta muere en la semilla y de ella renace, con más motivo el hombre, imágen de Dios, abandonando en la huesa la pesada carga del cuerpo, resurgirá transfigurado para tender las alas de su espíritu hacia la region serena de un mundo mejor.

Cuando el anciano acabó de hablar, moría ya, devorada por las sombras, la luz del crepúsculo; y padre é hijo, dominados del santo respeto que las obras de Dios inspiran á las almas puras y tiernos corazones, descendieron del monte en busca del vehículo que habia de conducirlos á Nápoles.

POR MIEDO Á GORRIONES.

Cuando el Octavo Alfonso de Castilla,
para lavar con sangre musulmana
de Alarcos la mancilla,
organizó la espedicion famosa
que en las célebres Navas de Tolosa
dió á la Cruz el gran triunfo que anualmente
la Iglesia conmemora y solemniza,
vino gran golpe de extranjera gente
á tomar en la liza
parte á favor del héroe castellano.
Del cuartel general, que era Toledo,
desciende en los comienzos del verano,
como horrenda avalancha,
la hueste que ha de hundir al Almohade;
y, cual torrente asolador, invade

las inmensas llanuras de la Mancha.
Pero el sol zenital, cayendo á plomo
sobre aquel triste suelo, en que no extiende
la verdura su alfombra,
ni un árbol le defiende
entoldando el camino con su sombra,
convierte aquellos sitios en hoguera;
y la tropa extranjera,
no acostumbrada al ardoroso clima
de los pueblos del Sur, seguir no puede;
y, renegando del provecho y gloria
que contaba sacar de la victoria,
á mitad del camino retrocede.
Al volver esta gente, un jefe suyo
que en el color quebrado y enfermizo
mostraba de las fiebres el imperio,
divisó de un pastor el cobertizo
y corrió jadeante
á buscar en su sombra un refrigerio.
Cortés y placentero le recibe
el dueño de la rústica morada
que un poco de agua en calabaza exhibe,
con que aplaca algun tanto
su sed el extranjero,

el cual, agradecido y placentero,
dijo á su huésped:—Dispensad, amigo,
si es que sois de esta tierra;
pero en verdad os digo,
que más quiero vivir siempre en la guerra,
que pasar otra vez por este infierno.
¿Por qué con plantaciones de arbolado
no procurais traer agua y frescura
á este suelo abrasado?—

Y el pastor contestóle sonriendo:
—¿Arboles? Dios nos libre! que á su abrigo
se vendrían los pájaros corriendo,
y ni un grano de trigo
dejáran de la miés en los montones.
En especial, señor, los gorriones
nos talan de tal suerte los sembrados,
que, donde abundan ellos,
están los labradores arruinados.—
—Quedad con Dios, buen hombre;
—exclamó el capitan, haciendo un gesto
de lástima y desden.—Me voy, que es tarde
y quiero dejar presto
un pais que hace alarde
de querer competir con el gran Sahara

por miedo al gorrion; mas, ya que os dejo,
os quiero despedir con un consejo.
No levanteis un falso testimonio
al pobre gorrion, que no es dañino,
por más que ese concepto, asaz mezquino,
séa del nécio vulgo patrimonio.
Él, y todas las aves, aunque coman
algo del fruto que la planta encierra,
tambien limpian la tierra
de pequeños insectos que destruyen
las hojas y raices;
y, pues todos los pájaros afluyen
de las espesas frondas al ramaje.
árboles colocad en los linderos
de todo campo ó rústico paraje,
y en bosque verdadero
tornareis, sin costoso sacrificio,
estas áridas tierras, que, gozando
de una frecuente lluvia el beneficio,
estarán siempre dando
seguras y abundantes las cosechas,
que no se logran hoy por la sequía.
No más mireis con aversion impía
los árboles frondosos, cuya copa

gallardamente por el aire sube
á reclutar vapores
que constituyan la preñada nube
que es del piadoso cielo
benéfico rocío,
y se convierte en manantial y en rio
y de flores y frutos cubre el suelo.—
Esto expuso el caudillo
en justa reprension de nuestra incuria.
Una y otra centuria,
hasta seis, desde entónces han pasado.
¿Pensais que se ha seguido tal consejo,
y que ya, bien cubierto de arbolado
el manchego pais, aspecto ofrece
de vega deliciosa?
Pues, lector, no hay tal cosa:
está lo mismo que en el siglo trece.
Y ¿por qué incuria y resistencias tantas?
Porque no escasa gente
desconoce hasta hoy, aunque esto asombre,
la gran utilidad que dan al hombre
los pobres animales y las plantas.

La Muerte en Espectáculo.

No es posible dulcificar las costumbres, ni esperar que el hombre se ponga con sus semejantes en justa relacion, miéntras no se consiga que el sér racional dispense al animal y la planta la consideracion debida y guarde á la naturaleza todo el respeto que se merece. Miéntras la devastacion de los campos y el brutal tratamiento de las plantas sean actos comunes ó indiferentes y miéntras la codicia agote al animal ó la barbarie haga de su inútil y hasta perjudicial sacrificio escandaloso espectáculo y feroz divertimiento, la misma muerte del hombre aparecerá ante los pueblos con la horrible forma de una diversion

lícita, ó la vergonzosa de una fiesta nacional, ó como espiacion sangrienta y cruel llevada á cabo con cierta fúnebre pompa y cierto irritante y provocador despotismo.

Por eso los espectáculos favoritos de un pueblo dan la medida de su cultura y son el barómetro de su moralidad. El mundo antiguo, que se compendia en Roma, nos revela su espíritu inhumano en las brutales fiestas del circo, reducidas primeramente á los combates de gladiadores, y amenizadas luego con luchas de fieras y cristianos, si lucha puede llamarse la resignada actitud con que éstos, colocados en medio del anfiteatro, veían adelantarse al tigre ó al leon famélicos, que los despedazaban furiosos á la vista de un pueblo embrutecido y mucho más feroz que el rey de las selvas.

Las matronas llevaban sus pequeñuelos á educar la vista y templar el corazon en tales cuadros, y la sangre del gladiador ó del mártir subía en rojos vapores á halagar el olfato y penetrar en el pulmon de

la cándida vírgen y de la tierna madre, que así embotaban la sensibilidad femenina y producían generaciones de mónstruos.

Costó gran trabajo al cristianismo apartar á las naciones latinas de las gradas del coliseo; porque todo lo que vá marcado con el sello de la tradicion es objeto de gran cariño entre los pueblos, adquiere fácilmente el carácter de gloria nacional y opone larga resistencia á morir ó desaparecer. Con no menor lentitud fué penetrando la doctrina evangélica en el alma de los Germanos que destruyeron el imperio de Occidente y transformaron sus provincias en los estados modernos. El espíritu belicoso de aquella raza y su atraso intelectual imprimieron á la Edad Media un carácter bárbaro y rudo, que se da á conocer en sus fiestas populares, las justas y torneos, simulacros de batallas, ó en los juicios de Dios, verdaderos combates ó duelos á muerte, sancionados con la presencia de reyes y vasallos para ejemplo y educacion de una sociedad guerrera. ¿Qué respeto habia de tener á la vida

de los séres inferiores un mundo que hacía objeto de solaz y esparcimiento público la muerte del hombre?

Aun más inhumano y horrible fué el espectáculo que, andando el tiempo, ofreció la Inquisicion á las naciones cristianas, haciendo quemar á los hereges en una hoguera á la vista de todo un pueblo, que mal podía sentir entónces impulsos de afecto hacia el humilde sér irracional ó la insensible planta, cuando llegaba á contemplar sin estremecimiento las convulsiones que el protestante ó el judío hacian retorciéndose en las llamas.

Nuestros ojos no han tenido ocasion de horrorizarse de tan bárbaras escenas, incompatibles de todo punto con la cultura del siglo; pero todavía duran las fiestas de la muerte, cubiertas con el oropel de nacional espectáculo ó dispuestas por la ley para escarmiento del criminal y desagravio de la vindicta pública.

Levántase al efecto en medio de una plaza ó en las afueras de la poblacion el fatal

escenario en que vá á representarse el drama de la muerte, exornado con todo el aparato que requiere su trágico argumento. El cadalso, circuido de tropas y coronado por la siniestra figura del verdugo; el reo, envuelto en hopa negra y cabalgando sobre un jumento ó sostenido por los sacerdotes que le exhortan á bien morir; las autoridades civiles y los funcionarios del órden judicial marchando procesionalmente detras del sentenciado, son cosas de un grande efecto teatral á que no puede resistir la multitud, ávida siempre de emociones. Así vemos que las ejecuciones toman á menudo el carácter de romerías, pues las gentes van con meriendas al lugar de la catástrofe, promueven disputas y cuestiones por acercarse al patíbulo y los rateros se aprovechan del tumulto para egercer su industria, al mismo tiempo que un grito hipócrita de la muchedumbre anuncia que el fallo de la justicia humana se ha cumplido.

Fortificado con tales escenas el corazon del pueblo, ¿ha de conmoverse despues en

la plaza de toros porque algun lidiador pierda la vida en las astas de la fiera ó resulte algun picador con la cabeza rota ó las piernas fracturadas? Y si la muerte ó los dolores del prógimo en nada nos afectan, ¿qué impresion ha de causarnos la agonía del bruto más servicial para el hombre, arrastrando los intestinos por la arena ó estendiendo melancólicamente el desangrado cuello, como si preguntara la razon de su martirio? La respuesta se formula en brutales risotadas; y el niño que vé á su padre hacer tales demostraciones de júbilo por los tormentos del caballo, ¿qué hará sino erigir en sistema la crueldad contra todos los animales útiles ó dañinos?

No es ya sólo apedrear perros, arrancar nidos ó enfurecer gatos lo que proviene de tal perversion del instinto; es que la depravacion reviste formas de costumbre popular y entra en el programa de los públicos regocijos. En muchas poblaciones hay circos ó reñideros de gallos, donde estas pobres aves de corral, adiestradas por el hombre y

provistas de aceradas uñas, entablan duelos á muerte, con gran júbilo de los espectadores que hacen apuestas sobre el resultado de la lucha, y animan y enfurecen á los combatientes, y lanzan salvaje grito de entusiasmo cuando el vencedor queda solo en la arena, cebándose todavía en los ensangrentados restos del último enemigo.

En otras partes, si no ha entrado la moda de echarlos á reñir, queda la costumbre de *correr gallos*. Para esta diversion se coloca al animal pendiente de una cuerda sostenida por dos palos que se situan á un lado y á otro de una pista, por la cual han de correr á todo escape veloces caballos para que sus ginetes hagan alarde de su buen pulso arrancando al gallo la cabeza; y el pueblo todo allí congregado, aplaude con frenesí al que decapita mayor número de aves y se rie á mandíbula batiente de los aleteos y movimientos convulsivos con que aquellas denuncian el espantoso dolor de su agonía. ¿Causará despues grande estrañeza que el niño, remedando á los mayores, ensaye con

el pajarillo de la jaula su fuerza descoyuntadora, y si no logra desprender la cabeza del tronco, se dé por satisfecho con arrancar las plumas al encarcelado volátil?

Y si la mayor rudeza de los pequeños lugares donde se conservan tales pasatiempos esplica su carácter brutal, no puede afirmarse otro tanto de esa diversion aristocrática conocida bajo el nombre de *tiro del pichon* y consistente en matar al vuelo cierto número de pájaros para lucir destreza en volatería. Hombres de elevada clase y damas de ilustre cuna se dan cita en dichas sociedades para distraerse en ver como desciende sobre sus cabezas la paloma ensangrentada ó cae á sus pies el destrozado pajarillo.

Todo solaz cruento, cualquiera que sea el disfraz con que se vista, acaba por endurecer las fibras tiernas y delicadas del corazon: el ojo acostumbrado al derramamiento de sangre vé luego sin espanto los espejismos de las batallas. Si el sacrificio de algunos animales es necesario para la existen-

cia del hombre, aquel debe consumarse en el matadero público ó en la cocina doméstica, pero no convertirse en cruel y mofador espectáculo que á su vez degenera en escuela de barbarie y foco de inmoralidad.

LA COLMENA Y LA CIUDAD.

La tribu de pastores, rudimentaria forma
que revistió sin duda la humana sociedad,
del templo y de la casa diseño y vaga norma,
crepúsculo de oriente que anuncia la ciudad,

—

Halló en el hueco tronco de un árbol corpulento
volátiles insectos reunidos en tropel;
avejas industriosas, que, con trabajo lento,
en la colmena labran panal de rica miel.

—

Queda la tribu absorta mirando la colmena:
vé al artífice alado que, en vuelo zumbador,
nadando en luz, se espacia por la campiña amena
y roba el dulce néctar al cáliz de la flor.

—

Admira el gran concierto, la paz y la armonía
con que tantos obreros fabrican su panal,

cuajado de alveolos de tanta simetría,
que parecen vaciados en molde siempre igual.

—

Al ver estos prodigios, se pone cabizbajo
el nómada, y es presa de súbita emocion:
es que su mente alumbra la idea del trabajo
y el principio fecundo de humana asociacion.

—

Sobre el añoso tronco el hacha ya resuena
que el árbol corpulento derriba sin piedad,
y copiando en sus casas el plan de la colmena,
el hombre en la colina levanta la ciudad.

—

¡Oh noble ser humano, que llevas en la frente
la espléndida corona de un progreso sin fin!
Si la colmena miras acaso nuevamente,
pobre será á tus ojos, y mísera, y ruin.

—

Apesar de los siglos, hoy como ayer la labra
el industrioso insecto que produce la miel,
sin que adelanto alguno nuevos caminos abra
al arte que trabaja cual mecanismo fiel.

—

Perfectos en su instinto, no dan los animales
á sus pacientes obras ninguna novedad:
sus productos son siempre monótonos, iguales;
lo mismo son ahora que en la remota edad.

—

Tan sólo el hombre crea, inventa y perfecciona;
de nuevos ideales su mente vuela en pos:
cada siglo abrillanta del genio la corona
para que digno sea de aproximarse á Dios.

—

Nunca ante la colmena la Humanidad se asombre;
pero debe mostrarle profunda gratitud;
que es libro cuyas hojas revelan siempre al hombre
el mundo del trabajo, su gloria y su virtud.

LOS JALONES DE LA CIVILIZACION.

La Agricultura va sellando con sus productos los grados que la Humanidad recorre en la inmensa escala del progreso; y en tal sentido puede afirmarse que las plantas cultivadas por el hombre han sido los jalones que han marcado el camino de la civilizacion.

Hoy mismo vemos que donde acaba la Agricultura principia la barbarie. Mirad los oasis del Africa central ó los archipiélagos de la Oceanía, en que un suelo próvido, envuelto siempre en las tíbias auras de una atmósfera primaveral, se cubre espontáneamente de regalados frutos: los felices moradores de estos renovados paraisos allan

siempre bajo el árbol la mesa apercibida para el banquete; y adormidos en el blando seno de la madre Naturaleza y embriagados con esta dicha, cómplice del embrutecimiento, no piensan en trabajar ni pueden salir del estado salvaje.

Tal fué sin duda el de todas las sociedades primitivas. La Humanidad en su infancia vivió apegada, como el niño, al pezon de la madre Tierra; pero el hambre, ese gran resorte del progreso, vino á redimir á la familia adámica del cautiverio de aquella implacable felicidad que mantenia al hombre al nivel de los brutos. Acrecentada la poblacion del Eden y consumidas sus provisiones frugales, buscó un nuevo alimento en la caza; pero este plato, inseguro, errante y cada vez más escaso, no pudo sustentar mucho tiempo á una sociedad numerosa.

Entónces el hombre se hizo pastor, viviendo de la humilde y generosa sociedad pecuaria, constituida por especie de animales mansos, dóciles, inofensivos é inclina-

dos á la domesticidad. Mas la tribu pastoril era todavía nómada: tenía que habitar en tiendas portátiles para ir de contínuo en busca de la fugitiva mesa donde comían sus ganados, cuyo diente devoraba en una hora lo que en años enteros no producía la tierra. Comprendió la necesidad de proporcionarse un alimento constante, producto de su trabajo y fórmula de un progreso ulterior: pasó revista al mundo vegetal; y habiendo hallado una sustancia eminentemente nutritiva, pródiga en dones y fácil en reproducirse, tomó su semilla, la dejó caer en el suelo y la cubrió con una capa de tierra. En aquella hora bendita nació la Agricultura, esa fecunda diosa, nodriza de los Estados; y la Humanidad que había perdido un Eden, volvió á encontrarle en la gleba recien sembrada.

El hombre, por medio de la Agricultura, tomó posesion del planeta, y los surcos que trazó en el suelo fueron las letras con que escribió su título de propiedad. La tierra, agradecida al beso del trabajo, hizo brotar

de su fecundo seno el perenne raudal de la cosecha; y para aguardarla, el pueblo nómada fijó su domicilio en los linderos del campo cultivado: la tienda fué sustituida por la casa y la existencia errante por la vida civil. De este modo la planta del trigo es el jalon que señala el camino de la ciudad.

Al abrigo de sus muros fué haciendo en la Agricultura rápidos progresos. A los frutos de Ceres, que nutren el cuerpo, agregó bien pronto los dones de Baco, que encienden y avivan la llama del espíritu; y aunque el abuso ha arrancado á los moralistas un anatema contra el vino, fuera injusticia negar su bienhechor influjo y áun su mision civilizadora. Los pámpanos marcan la ruta de la historia antigua; pues los pueblos civilizados de las primeras edades sólo viven en los afortunados climas donde exhala el tirso su perfume. Así, miéntras las razas del Norte, entumecidas de frío como los insectos, no dejan percibir el latido de su existencia, las costas que besa el Mediter-

ráneo se iluminan con los fulgores de la ciencia y el arte y repiten los ecos del ditirambo, hijo del fuego que derrama en las venas el fermentado zumo de la uva.

En el mismo suelo de la viña, y entrelazado su ramaje con guirnaldas de racimos, se levantó frondoso el árbol de Minerva, no ménos sagrado que la vid ni ménos influyente en los destinos de la Humanidad; porque el espumoso líquido reanimador de la sangre da calor al sentimiento y el zumo de la aceituna tiene la virtud de curar la ceguera de la noche. Cuando la Agricultura descubrió este secreto del olivo ¿qué importaba ya al hombre que el Sol apagara su horno de fuego en los mares de Occidente, si una chispa de su luz, aprisionada en una gota de aceite, reverberaba en el hogar con destellos de amor y de alegría?

¿Y quien ha podido revelar á los hombres tal maravilla? Sólo los dioses, responde Grecia, cuya vivaz fantasía pobló de creaciones antropomórficas el mundo real, convirtiendo la Naturaleza en un verdade-

ro *pandæmonium*. Donde la ciencia sólo vió leyes físicas, la mitología descubrió dioses, génios, gnomos, ninfas y otros séres que dirigen las fuerzas del Universo y presiden todas las funciones de la vida en general y particularmente de los vegetales. De esta suerte el mundo clásico, exaltando la Agricultura hasta la apoteosis, dignificó la Naturaleza toda y defendió especialmente el humilde reino vegetal con el escudo de la religion, para infundir en el corazon de los hombres santo respeto y acendrado cariño á las plantas.

Si nuestra sociedad carece de tan elevado sentimiento y vé con indiferencia cómo desaparecen los montes por codiciosas talas ó criminales incendios; si las leyes sobre repoblacion del arbolado son por desdicha frustráneas, y la Humanidad vá á encontrarse muy pronto sin madera de construccion y sin combustible vegetal; y si nada pueden contra un mal tan grave los gobiernos, los hombres de ciencia y las Sociedades protectoras de las plantas, es por-

que desgraciadamente aún queda en el fondo de nuestra época algo de aquel impío desden, de aquel irreligioso menosprecio con que otros siglos miraron la Naturaleza y sus obras por estremar inconsideradamente la escelsitud del espíritu. Y pues queremos poner dique á ese torrente devastador que amenaza dejar la tierra sin la sombra de un solo árbol, urge de todo punto educar á la generacion moderna en los principios de una filosofía racional armónica, que enseñe al hombre á conocer, amar y respetar á todos los séres de la Naturaleza, porque todos son obra de Dios, están penetrados de su creencia, proclaman su bondad y sabiduría, tienen su papel en el órden universal y riman con nosotros el poema de la vida bajo muy diversos tonos.

Bien merece nuestro reconocimiento y proteccion la Agricultura, porque cada una de sus conquistas ha sido un nuevo paso en la senda del perfeccionamiento social. Ella, sacando de la vida silvestre las plantas primitivas, transformó el arbusto en pe-

ral y la baya en cereza: del pantano, laboratorio de miasmas, hizo un vergel de cáñamo y lino; y aprovechando las materias testiles de estos productos, agregó á las telas de lana las de hilo, que han sido una receta maravillosa contra las enfermedades cutáneas: puso la morera al alcance de un gusano que, agradecido, tejió la seda para realzar los encantos de la hermosura; y más tarde, recorriendo las vírgenes florestas del Nuevo Mundo, halló la patata, alimento del pobre, el azúcar y el cacao, engendradores del chocolate, y el tabaco, especie de toga viril de la juventud moderna, pues aparece en los labios del hombre cuando deja de ser niño y se convierte luego en una necesidad de toda la vida.

De América son oriundos tambien otros varios artículos que, contribuyendo al refinamiento de los goces ó á la satisfaccion de las primeras necesidades, han creado nuevas industrias y áun públicas costumbres. Entre dichas sustancias figura el café, pues aunque se daba, y de escelente ca-

lidad, en Moka, ciudad de Arabia, no se generalizó su uso en Europa hasta que vino del Nuevo Continente. El mundo literario quizá es deudor de grandes obras á este humilde producto agrícola; porque la escitaciod cerebral que causa, desprende del espíritu el rayo de la idea. Por esto y sus virtudes tónicas y digestivas, el aromático fruto colonial ha llegado á dar nombre á esos grandes centros de reunion que, imprimiendo nuevo carácter y especial fisonomía á las ciudades hodiernas, son tambien focos de cultura y aun fuente de moralidad; porque ensanchando el estrecho círculo de la familia, y haciendo más íntimas, generales y frecuentes las relaciones humanas y más fecundo y activo el comercio social, han creado hábitos de urbanidad en las clases trabajadoras, ántes prostituidas en las tabernas y acostumbradas hoy á formas corteses en el café.

He aquí cómo el diminuto grano de una oscura planta puede encerrar el gérmen de un adelanto social. La historia de los ve-

getales es la historia de la civilizacion; y reconociéndolo así nuestro siglo, ha llamado á los hombres para organizar una generosa cruzada en defensa de los séres más humildes de la Creacion. El sentimiento de caridad y el espíritu de asociacion han dado orígen en todos tiempos á instituciones benéficas que alivian los males del hombre ó escudan sus derechos; pero nunca, hasta hoy, se habían formado sociedades para levantar la voz por séres que carecen de ella y pedir consideracion para criaturas que ni aun tienen lágrimas con que enternecer el corazon de sus verdugos. La aparicion de esas ligas protectoras del indefenso animal y de la débil planta, revela que el progreso en nuestros días va siendo omnilateral; puesto que á los adelantos materiales acompaña el perfeccionamiento moral de los pueblos que, cada vez más humanos, estienden ya la accion de su protectorado á la animalidad inferior y aun al mundo insensible, viendo en la Naturaleza, tanto como en el espíritu, la obra santa de Dios.

ÍNDICE.

	Página.
Dedicatoria.	5
A LOS NIÑOS.	7
Los nidos del Capitolio.	17
El salvador de los naufragos.	25
Por una paloma.	29
La fiesta del buey gordo..	37
El sepulcro de un rey ó la aficion á la caza. .	41
El lazarillo del ciego.	49
La tienda del rey don Jaime.	51
El filtro prodigioso.	59
El laurel de la Zubia..	63
El perro del ajusticiado.	71
Receta contra las corridas de toros.	75
El animal inmundo.	87
La gran hilandera..	91
El corral y la palestra.	97
El regalo de un insecto.	99
El rigor de las injurias.	109
El tesoro de América..	113
La momia egipcia..	119
El consul Incitato..	123

Página.

La caravana. 131
Argos. 135
El viajero del Polo. 143
La batalla de Heraclea. 145
Orelia, ó el caballo de guerra. 153
El halcon de Fernan-Gonzalez. 157
El guardian del rebaño. 165
El labriego de Gertricos.. 169
La receta del Guaco. 177
La estafeta del cautivo. 181
El perro rabioso. 187
El hormiguero y las ruinas.. 191
Por miedo á gorriones. 201
La muerte en espectáculo. 207
La colmena y la ciudad. 217
Los jalones de la civilizacion. 221